

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras

LA CIUDAD DE MEXICO

EN LA

NOVELA MEXICANA

DEL

SIGLO XIX

Tesis que presenta la señora

MADELEINE CRABBE DE RUBÍN

para optar al grado de Maestra en
Lengua y Literatura Españolas.

México, D. F.
MCMII



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Cariñosamente dedico esta
tesis a mis hijos Stephanie y
George...

y también a todos mis estimados
Maestros de la Facultad de Fi -
losofía y Letras.

I N D I C E

- - - - -

	Págs.
Introducción.....	i
Capítulo I.- LA TOPOGRAFIA DE LA CIUDAD.....	1
Ireneo Paz.- Vicente Riva Palacio.- La traza.- La plaza Mayor.- Las calles, acequias y canales.- Los edificios públicos.- Los conventos e iglesias.- Las casas y los solares.- Los mercados.- Los barrios.	
Capítulo II.- LA ADMINISTRACION PUBLICA.....	25
Pascual Almazán.- El gobierno.- Los servicios públicos La justicia civil.- La justicia eclesiástica.	
Capítulo III.- LA VIDA COLONIAL.....	36
La vida mexicana en el hogar y en la sociedad.- Las fiestas civiles y religiosas.- El juego y otras diversiones. Las costumbres.	
Capítulo IV.- LOS TIPOS HUMANOS DE LA COLONIA.....	51
Fernández de Lizardi y su obra.- Las clases sociales, las canastas y los tipos humanos en la obra de Riva Palacio.- Las clases sociales y los tipos humanos en la obra de Lizardi.	
Capítulo V.- LA CIUDAD DE MEXICO EN EL SIGLO XIX.....	69
Manuel Payno.- Juan A. Mateos.- La Plaza Mayor.- Las calles y los canales.- Los edificios públicos, las iglesias y los conventos.- Las casas.- Los mercados. Los barrios.	
Capítulo VI.- LA ADMINISTRACION PUBLICA EN EL SIGLO XIX	82
Fernando Orozco y Berra.- Juan Díaz Covarrubias.- Florencio M. del Castillo.- Emilio Rabasa.- El gobierno.- Los partidos.- La justicia.- Los servicios públicos.	
Capítulo VII.- LA VIDA DE LA CAPITAL EN EL SIGLO XIX...	89
José T. de Cuéllar.- Ángel de Campo.- La vida mexicana en el hogar y en la sociedad.- Las fiestas civiles y religiosas.- El juego, el teatro y otras diversiones.	

	Pags.
Capítulo VIII.- LOS TIPOS HUMANOS DEL SIGLO XIX.....	102
Federico Gamboa.- Las clases sociales.- Los tipos hu- manos del México independiente.- Las costumbres.	
Notas.....	113
Bibliografía.....	115

INTRODUCCION

En este estudio, el siglo XIX para las letras mexicanas va a abarcar los años entre 1810 y 1910 o sea, desde el comienzo de la lucha para la independencia hasta el fin de la dictadura porfiriana. Precisamente en ese siglo nació y se desarrolló el espíritu nacionalista que había de producir y sigue produciendo una literatura netamente mexicana.

Durante la dominación española hubo varios ensayos de la forma novelesca; pero hasta la publicación de El Periquillo Sarniento de Fernández de Lizardi, en 1816, no hubo novela verdadera. En la obra de Lizardi se encuentran brotes de romanticismo debidos a su actitud de rebeldía contra lo tradicional y el elemento de costumbrismo que introdujo en las letras mexicanas.

A mediados del siglo la novela mexicana pasó por un período de pleno romanticismo manifestado en las obras escritas por Fernando Orozco y Berra, Juan Díaz Covarrubias y Florencio M. del Castillo. Los temas de estas novelas son: el amor desesperado y el pesimismo, tan típicos del romanticismo europeo.

Después de Lizardi, la novela costumbrista tiene dos autores importantes, no tanto por su estilo como porque reproducen fielmente el cuadro del México de la primera mitad del siglo XIX. Luis Inclán en Astucia hizo para el campo de México lo -- que Manuel Payno hizo para la Ciudad de México en El Fistol del Diablo, El Hombre de la Situación y Los Bandidos de Río Frío.

En el campo de la novela histórica sobresalen las obras de Vicente Riva Palacio sobre los tiempos de la Colonia; las de Ireneo Paz y de Juan A. Mateos que abarcan toda la historia de México y Los Plateados de Tierra Caliente de Pablo Robles.

Costumbristas también eran José T. de Cuéllar, autor de La Linterna Mágica y Angel de Campo que escribió novelitas y artículos sobre la vida de la ciudad en el último tercio del siglo. Emilio Rabasa en sus Novelas Mexicanas produjo una obra costumbrista y de tesis social.

Primer novelista desde el punto de vista de una obra que muestra armonía de estructura junto con estilo literario, es Ignacio Altamirano que produjo varias novelas de carácter -- histórico-costumbrista.

Cultivadores de la novela rural y excelentes prosistas son José López Portillo y Rafael Delgado. Las obras de estos autores llevaron la novela mexicana a su pleno desarrollo y, en mi opinión, son las mejores del primer siglo de la literatura mexicana.

Federico Gamboa se destaca en la novela naturalista influida por los naturalistas franceses. Sus novelas, especialmente, Santa, alcanzaron mucho éxito; éxito en parte, -- por lo menos, debido a los asuntos que trató. Con este autor se cierra el primer siglo de la novela mexicana.

Por tratar esta tesis de los novelistas que escribieron

sobre la Ciudad de México, me he visto forzada de prescindir de un estudio de autores tan importantes en las letras mexicanas como Luis Inclán, José López Portillo, Rafael Delgado e Ignacio Altamirano que se dedicaron al ambiente rural.

CAPITULO I

LA TOPOGRAFIA DE LA CIUDAD

Ireneo Paz.- Vicente Riva Palacio. La traza.- La Plaza Mayor.- Las calles, acequias y canales.- Los edificios públicos, iglesias y conventos.- Las casas y los solares.- Los mercados.- Los barrios.

Las novelas mexicanas del siglo XIX que tratan de la topografía de la Ciudad de México durante los tres siglos de la dominación española son las de D. Ireneo Paz, del General Vicente Riva Palacio y de D. José Joaquín Fernández de Lizardi. Las obras de Paz y de Riva Palacio pertenecen al género histórico y son románticas porque sus autores huyen hacia el pasado en búsqueda de asuntos que hubieran de fomentar el espíritu nacionalista tan típico de la segunda mitad del siglo pasado y de lo que va de éste.

Amor y Supplicio y la continuación de esta novela, Doña Marina de Ireneo Paz, son novelas interminables que narran la historia de México desde los años inmediatamente anteriores a la conquista hasta la época de la Expedición a las Hibueras. Nos presenta el autor los detalles históricos tales como aparecen en las Cartas de Relación de Hernán Cortés y en las obras de Motolinia, Las Casas, Bernal Díaz, Ixtlilxochitl, Clavijero, Prescott, Alamán, Icazbalceta y Orozco y Berra. En Doña Marina hay todo un capítulo que no contiene más que citas de varios historiadores sobre la reorganización y la reconstrucción de la ciudad después de su destrucción. Para --

hacerle justicia al autor, hay que decir que él mismo advierte al lector que "los que gusten pueden saltar este capítulo, que no tiene más contacto con la novela que presentar el aspecto que guardaba México cuando se procedió a su reconstrucción."

Don Ireneo se deleita con largas descripciones del Valle de México, de las chinampas y de los bosques, de los palacios de los príncipes indígenas y de la indumentaria y los muebles de los nativos y de los españoles. No pierde oportunidad de criticar al clero y a los conquistadores y es partidario fanático del indio. En las dos novelas ya mencionadas, no hay -- indio malo ni español bueno. En su opinión todos los frailes son mezquinos, glotones y avaros. Pinta a los españoles como unos desalmados que, para saciar su sed de oro, no titubearon en emplear tanto la cruz como la espada como medio de subyugar a un pueblo noble y más culto que el suyo. Sus personajes son títeres, no son humanos. Nunca hablan o declaman con -- una mezcla imposible de retórica extravagante y del lenguaje del pueblo, o empalagan a los lectores con unas conversaciones almibaradas e increíbles.

Fuera del elemento estrictamente histórico, las situaciones que se desarrollan en estas novelas son completamente inverosímiles: abundan los lances románticos, las intrigas enredadas, las descripciones sin fin de idilios fantásticos, con todo lo cual, seguramente encantaba a los lectores de su época,

porque, según Carlos González Peña (1) "Amor y Suplicio y Doña Marina eran las más celebradas de sus obras."

De las otras novelas de Ireneo Paz: Guadalube, Amor de Viejo, Florencio o La Piedra del Sacrificio y sus Leyendas Históricas, solamente la segunda, Amor de Viejo, tiene por escenario de su acción la Ciudad de México. Las demás, o tratan algunos aspectos de la vida en las provincias o contienen temas históricos del siglo XIX.

Entre las novelas históricas del General Vicente Riva Palacio, la que escribió sobre los mismos sucesos que trató Ireneo Paz, es La Vuelta de los Muertos, narración que nos lleva a la Expedición a las Hibueras y que nos revela la intriga de Salazar y Chirinos que tuvo en revuelo al nuevo Municipio pocos años después de la Conquista. Este libro contribuye muy poco a nuestro cuadro de la Ciudad de México porque casi toda la acción se desarrolla fuera de ella.

Según González Peña (1) "se le puede considerar al general Vicente Riva Palacio como el creador de la novela histórica en la literatura mexicana." Tuvo la fortuna de poseer un archivo rico en documentos coloniales que le sirvieron de fuente inagotable de asuntos para sus novelas de ambiente colonial. Estas novelas de inspiración en la colonia son: Martín Garatuza, "la más leída y más popular" en la opinión de D. Mariano Azuela (2), Monja y Casada, Virgen y Mártir, Las Dos Emparedadas, Los piratas del Golfo, Memorias de un Impostor y

la antes citada La Vuelta de los Muertos. Escribió otra novela histórica, Calvario y Tabor que cuenta sucesos de la Intervención en el siglo XIX.

De Riva Palacio dice D. Julio Jiménez Rueda (3), y con sobrada razón, que "no logró la construcción artística del pasado colonial y que no aprovechó las fuentes de que disponía para elevar a sus novelas de la simple categoría de folletín." - Agrega Jiménez Rueda (4) que "se queda en la superficie y que sus relatos resultan sin verdadero contenido humano." Sin Embargo, opina que "pasa por ser un narrador ameno y truculento de sucesos que la fantasía pudo haber decorado con un sutil manto de ensueño."

Al leer Martín Garatuza, D. Francisco Monterde exclama: - "¡Lástima de asunto y personaje tratados en esa forma!" En abono del escritor hay que señalar, nos arguye el arriba citado González Peña (1), "su espontaneidad y fecundidad de inventiva."

Todos los críticos están de acuerdo en que la obra de Riva Palacio muestra los influjos de la escuela romántica de Alejandro Dumas, Eugenio Sue y de Fernández y González. Todos igualmente se quejan de los diálogos interminables y de la prolijidad de sus narraciones. Entre muchas críticas muy justas de Mariano Azuela (2), encuentro una que me parece injusta: la de escoger como ejemplo de los diálogos de Riva Palacio, el sostenido por Cuauhtémoc e Isabel de Carbajal en Martín Gara -

tuza. En efecto es un diálogo acaramelado, pero no creo que sea típico de toda su obra.

Azuella (2) llama esta novela "el pastiche más fiel de aquellos novelones hispanos y franceses del siglo XIX que eran el deleite de las costureras y de los peluqueros." Agrega el mismo crítico que "su mérito está en el hecho de que sirven de -- punto de comparación o fondo oscuro para que otros novelistas se destaquen con relieves más vigorosos."

En mi opinión Riva Palacio, a quien Luis Urbina (6) llama "ingenio poderoso", cumple con el fin que él se propuso al escribir sus novelas: interesar y divertir a sus lectores, sin preocuparse por la psicología ni por hacer literatura. Lo que tiene de importancia para la literatura mexicana la obra de este autor es que él descubre todo el tesoro de materia de novelas que hay en la historia de México durante la colonia. Me parece acertada la opinión de D. Federico Gamboa (7) que Riva Palacio supera a Manuel Payno en el manejo del idioma. En mi juicio, sostiene bien el interés en las series de aventuras -- dramáticas y escalofriantes, aunque repugna que insista tanto en los detalles espeluznantes y crueles.

En Amor y Suplicio, Ireneo Paz nos escribe una descripción un poco idealista de la Ciudad de México antes de su conquista por Hernán Cortés. Describe en detalles minuciosos el palacio de Axayácatl donde cupieron ocho mil hombres, el modo que tenían los indios de pintar en las hojas de maguey, las --

calles limpias y siempre bien barridas, el sistema de cañería -
doble para surtir de agua a las fuentes públicas y a los depó--
sitos de las casas principales, y las ceremonias en la corte --
de Moctezuma. Después de la destrucción de la ciudad nos lleva
entre los escombros a ver las crueldades de los españoles.

En Doña Marina del mismo autor, la acción comienza en el -
mes de junio de 1522 cuando apenas han empezado a reedificar la
ciudad. Dedicó todo un capítulo a explicar en detalle la orga--
nización municipal. Cuenta que en aquella época, todavía se --
alzaba dentro de la traza, la gran pirámide del templo de Huit--
zilopochtli. Riva Palacio en Monja y Casada, Virgen y Mártir, -
explica que "Los españoles ocuparon el centro de la ciudad, y la
línea que marcaba esta parte privilegiada, que era un gran cua--
dro separado de los demás por una inmensa acequia, fué lo que -
se llamó la traza". En el mismo libro, la Plaza Mayor es el lu--
gar donde se vendían esclavos; y en Martín Garatuza es el sitio
de la horca.

En 1615, según se cuenta en Monja y Casada, Virgen y Már--
tir, "México no era ni la sombra de lo que había sido en los --
tiempos de Moctezuma,... las calles estaban desiertas, y mu --
chas de ellas convertidas en canales; los edificios públicos --
eran pocos y pobres.... los perros vagabundos se apoderaban de
las calles desde la oración de la noche." En otra parte del --
mismo libro, Riva Palacio habla de "el pésimo estado de las ca--
lles, llenas de lodo, de charcos de agua y de cerros que se for

maban en las esquinas con la basura que arrojaban allí los vecinos de las casas cercanas."

En todas las novelas de Riva Palacio que tienen como fondo para su acción el siglo XVII, se habla de "la Calle Real de --- Ixtapalapa" como la calle de las residencias aristocráticas. - Es la que ahora lleva los nombres de Pino Suárez, La Argentina y Jesús Carranza; todavía en tiempo del autor" la calle tenía - un aire de antigüedad por las casas que parecían fortalezas."

En Martín Garatuza describe las calles de la ciudad en la ocasión de la entrada de un nuevo virrey. "Serían las ocho de la noche; las calles de México, otras veces tan solas a esas - horas, estaban llenas de gentes que pascaban y se divertían en solemnidad de la entrada del nuevo Virrey. En las ventanas y - en las puertas había farolillos encendidos; los ricos los ha - bían puesto de vidrio y los pobres, de papel; en algunas casas el lujo había llegado hasta poner en los balcones guardabrisas de cristal con bujías de cera. En las calles había lumbradas, colocadas unas en el suelo y otras sobre un pie derecho de ma - dera con una especie de jaula de hierro en la punta, en donde - se ponía a arder la leña; estas lumbradas anunciaban los pue - tos en donde se vendían frutas, dulces, buñuelos, pato o tama - les."

A demás de la Calle Real de Ixtapalapa, tanto en Los Pira - tas del Golfo como en Las Dos Emparedadas, las calles de Tacu - ba se citan como calles donde vivían algunos Oidores y otras -

personas principales del siglo XVII. Como lo que es ahora el -
parque de la Alameda quedaba al poniente de la traza donde el -
agua estaba menos profunda, fué una de las primeras partes que -
el municipio mandó desaguar. Al lado norte de este paseo es -
taba la Calzada de Tacuba que era la continuación de las calles
del mismo nombre. Poco a poco, los españoles, una vez que ya -
no esperaron un levantamiento de los nativos, llenaban esta ---
parte que debió ser de los indios, con sus residencias en los -
solares cedidos por las autoridades.

Así es, que, en el siglo XVII, época de las novelas de Ri-
va Palacio, las cercanías de la Alameda eran la parte más po --
blada, tanto de gente de mediana calidad como de la peor ralea.
Cerca de la Alameda vivía la bruja, la Sarmiento, de Monja Ca-
sada, Virgen y Mártir; allí también vivían Felipe e Inés, per -
sonajes en Memorias de un Impostor, cerca del quemadero de la
Inquisición que quedaba enfrente del Convento de San Diego. -
En el siglo XVI la plazuela que después ocupó el quemadero ha-
bía sido el sitio del "Tianguis" o mercado de San Hipólito. Al
fin del siglo XVIII, nos cuenta Fernández de Lizardi en el Pe-
riquillo Sarmiento que los barberos de la ciudad tenían la cog
tumbre de sacar de las zanjas que circundaban este lugar de re
creo, sanguijuelas para las sangrías.

Irneo Paz nos presenta en Doña Marina el aspecto de la -
ciudad recientemente conquistada: "En el centro, algunas casas
ya levantadas, ostentaban sus torres negruscas confundiéndose-

con la oscuridad del horizonte; los canales cruzándose en todas direcciones con sus puentes medio reparados, ofrecían un paso inseguro, y los montones de escombros por otro lado, impedían el tránsito frecuentemente, formando un laberinto que por las noches infundía espanto, porque estaban contribuyendo a formarlas las osamentas de los millares de indios y centenares de blancos que allí habían sucumbido." En la misma novela al hablar de las flores que los indios trajeron a una boda que se verificó en la casa de Cortés, compara los canales de aquella época con "los pestilentes canales" del siglo XIX. Dice que las pobres chinampas que se conservaban en su época servían de recuerdo histórico y daban una ligera idea de lo que fueron aquellos elegantes jardines.

En Monja y Casada, Virgen y Mártir, Riva Palacio indica que al principio del siglo XVII había una acequia que se tenía que atravesar para ir de la Plaza Mayor a la calle de la Celada que hoy se llama de Venustiano Carranza. Esta acequia pasaba por frente a las casas del Ayuntamiento, y corría por las calles que ahora son las del 16 de Septiembre. Esta calle de agua era la más grande de las siete acequias importantes que cruzaban la ciudad. La acequia de la traza que quedaba a la espalda del Convento de Santo Domingo tiene un papel importante en la misma novela; Teodoro, el esclavo, salvó de ahogarse en las aguas de esta acequia a la esposa de un familiar del Santo Oficio. Con la ayuda de éste, pudo entrar a las cárce-

los secretas de la Inquisición a ver a su amo, José de Abala - bide, Más tarde, Teodoro y Martín Garatuza lograron sacar de - aquellas cárceles a Don César, a Servia, la esposa de Teodoro - y a Mariak la esposa de Martín, conduciéndolos por la atarjea - que iba a desaguar a la misma acequia. En Memorias de un Im - postor, arrojaron en la acequia que pasaba cerca del quemadero - de la Inquisición las cenizas de Don Guillén de Lampart; y allí mismo se suicidó Doña Inés. La gran acequia que conducía de - las aguas de la laguna de Chalco a la de Texcoco, pasaba a la - espalda de la casa que ocupaba en México el Marqués de Río-Flo - rido, personaje de la novela Las Dos Emparedadas. Por esta -- acequia llegaba Don Guillén en chalupa a visitar a Doña Inés, la hija del Marqués. El autor describe los patios que todavía existían en su tiempo en las márgenes de ese canal. Tenían -- sus puertas grandes que daban a la acequia y afuera una esca - linata con argolla de hierro para atar las canoas o chalupas - que llegaran. Estos patios servían de puertos de depósitos -- particulares de leña, de carbón y de paja. En la novela men-- cionada, el del Marqués sirvió de escenario del emparedamiento de Doña Laura y de Doña Inés.

En Doña Marina de Ireneo Paz se narra que en los primeros meses después de la conquista ya tenían casa municipal al la-- do sur de la Plaza Mayor; "la primera cárcel era uno de los -- antiguos edificios de Moctezuma, al cual se habían quitado to-- dos los cuartos inútiles, dejando sólo algunas galeras con ---

puertas herradas, que se cerraban con sólidos cerrojos." La cárcel y la carnicería formaban parte del Palacio del Ayuntamiento.

Ireneo Paz refiere que los palacios de Cortés "quedaron flanqueados por cuatro torres, una en cada esquina; almenas en el parapeto de la azotea y por el cuerpo del edificio troneras y saeteras." Cortés podía "poner en sus casas cuatro torres, mientras los capitanes sólo podían elevar dos y el resto de los constructores una sola." Uno de los primeros edificios que Cortés mandó construir fueron las casas de Atarazanas para guardar los bergantines. No se sabe exactamente en dónde estaban. Menciona que "el lugar de cita en aquel entonces al oscurecer, de los amigos de la charla y de las novedades," era la parte de la plaza en frente del cabildo. También habla de que habían comenzado a construir la que más tarde sería la catedral.

En Monja y Casada, Virgen y Mártir, Riva Palacio relata que "En esos días (1615) estaba en construcción el templo de la Catedral, y casi todo el terreno que ésta ocupa estaba lleno de andamios, de montones de piedra, de madera, de inmensos bloques de granito. Dice que "desde allí se descubría la puerta del Arzobispado," el mismo que el obispo Zumárraga compró en los primeros días de la colonia. En todas las novelas de este autor entramos y salimos de las cárceles de palacio que estaban en el mismo palacio de los virreyes y ocupaban una gran

parte del edificio. También las cárceles del Santo Oficio que dan descritas en detalle, especialmente en Memorias de un Impostor. En ese mismo libro, narra el autor el incendio del palacio que había sido parte del palacio antiguo de Moctezuma. Con Martín Garatuza nos paseamos por el palacio del virrey que ocupaba el lugar que ahora ocupa el Palacio Nacional. En Las Dos Emparedadas llega una dama misteriosa en canoa al palacio.

En El Periquillo Sarniento, Fernández de Lizardi nos lleva a la cárcel de corte pero no nos describe la parte física del edificio; habla de los distintos patios y de las celdas -- donde encerraban a los presos en las noches. Don Catrín de la Fachenda del mismo autor, fué a la cárcel por reñir; pero el único detalle que nos da es que se quedó casi desnudo por comer. En la cárcel de Noches Tristes y Día Alegre, también de Lizardi, Teófilo halla grillos, cadenas, sogas, cerones, cubas y sacos de infelices ajusticiados y de compañero, un salteador muerto.

Ireneo Paz da una idea de la falta de iglesias al describir en Doña Marina el primer altar improvisado en la casa de Cortés. En esta descripción se nota el mal gusto que siempre muestra este autor al hablar de las cosas de la iglesia. "Los clérigos y sus ayudantes se habían ocupado a su turno de colocar su altar, el cual formaba un contraste con aquella salvaje naturaleza. Envuelto casi entre las gigantescas ramas de los pinos y cedrales, aparecía el altar bajo un dosel de cortinas-

coloradas y blancas, las primeras de seda y las segundas de tosco género de algodón. Sobre las gradas aparecía un custodio de estaño sobredorado, y a los lados dos esculturas de pésimo gusto, representando la una al seráfico San Francisco y la segunda al Redentor crucificado, ambos vestidos de la manera más estrambótica, pues el primero tenía unos hábitos de color indefinible y una tiara de Papa; mientras que el segundo, por falta de un cendal elegante, estaba metido en unos calzones no muy limpios." Comenta "¡Triste idea debieron formarse los indios de una religión que en tres años no tenía ni un mal templo, ni ornamentos que valieran la pena!"

Riva Palacio cita mucho la iglesia de San Hipólito y la Capilla de los Mártires con motivo de la descripción del Paseo del Pendón que hace en Los Piratas del Golfo. Esta, que también se llamaba la Ermita de Juan Garrido, fué construída por un pobre conquistador en acción de gracias muy pronto después de la reconstrucción de la ciudad. En Memorias de un Impositor del mismo autor, el templo de la Merced es el escenario de citas y de las devociones de Doña Juana. También en Los Piratas del Golfo se menciona la Capilla de los Talabarteros que estaba en la esquina de Tacuba y la que es hoy la calle de Brazil. En esta ermita se celebró la primera misa pública en Nueva España según Luis González Obregón (8).

En las obras de Fernández de Lizardi no se encuentran -- descripciones de las iglesias donde sus personajes asisten. --

El Periquillo se hace aprendiz de sacristán en la parroquia - de San Miguel pero no sabemos más de la iglesia que el hecho - de que sirvió de escenario a su aventura con el cadáver de una - señora rica al que quería despojar de un cintillo. En la Qui- lotita, Po:posita y su mamá iban a misa al templo de la Mer - ced; pero Fernández de Lizardi no nos describe la iglesia sino - hace resaltar que el exceso de devoción exterior no indica un - sentimiento religioso verdadero. Con motivo de la entrada -- del Periquillo en el noviciado de San Diego que estaba en Ta - cubaya, nos da una descripción de la vida de fraile desde el - punto de vista de uno que entra en el convento sin vocación.- Habla el Periquillo: "Inmediatamente comencé a extrañar lo -- áspero del sayal. Llegó la hora del refectorio, y me disgustó bastante lo parco de la cena. Fuíme a acostar, y no halla - ba lugar que me acomodara; por todas partes me lastimaba la - cama de tablas,... ¿No soy buen salvaje,... me decía yo mismo - en haberme condenado por mi propia voluntad a esta.... jerga - pegada al pellejo, descalzo, comiendo mal, durmiendo peor y - sobre unas duras tablas, encerrado, trabajando, y sin ver una - muchacha ni cosa que lo parezca por todo esto." Cuando el -- mismo pícaro por fin se arrepintió y fué a hacer los ejerci - cios a la Profesa no nos platica mucho de la iglesia pero, -- del sermón y de las pláticas, sí.

Riva Palacio en su novela Monja y Casada, Virgen y Mártir

relata la fundación del Convento de Santa Teresa por el Arzobispo Juan Pérez de la Cerna, en 1615, por dos monjas carmelitas del Convento de Jesús María. Todos los detalles de esta fundación y el ardid que tramó el Arzobispo para tomar posesión del edificio son iguales a los detalles que nos proporciona José María Marroquí (9).

El estado de los hospitales al fin del siglo XVIII preocupa mucho al autor de El Periquillo Sarniento. Con el protagonista de esta novela visitamos el hospital dos veces, pero el autor no da el verdadero nombre del hospital para que la crítica no recaiga sobre ningún hospital determinado, como él dice. Queja de la curación "un poco tosca y tomajona, como de hospital al fin." Cuenta la completa falta de atención, el poco alimento, y la ninguna misericordia que les prestaban a los enfermos los enfermeros. Es típica del hospital la escena después de la muerte del vecino del Periquillo. "En --- cuanto aquellos enfermadores o enfermeros vieron que ya no -- respiraba, lo echaron fuera de la cama calentito como un tamal, lo llevaron al depósito casi en cueros, y volvieron al momento a rastrear los trebejos que el pobre difunto dejó..." Describe la visita del médico al otro día y relata que ordenaba los medicamentos según el número de la cama. Por un yerro le habían puesto en la sala de medicina cuando debía estar en la de cirugía. Dice que, sin duda, uno que había ocupado su cama el día anterior había tenido fiebre, porque el médico --

sin verle ni examinarle, sólo vió el recetario y el número de la cama y le recetó cáusticos y líquidos. Al saber su error, el doctor se enojó y como nos cuenta el Periquillo: "Así concluyó la visita y quedamos los enfermos entregados al brazo secular de los practicantes y curanderos."

A las once entraron a dar una misma medicina a todos los enfermos y al rato entró el cirujano a curarle y agrega: "con tales estrujones y tan poca caridad, que a la verdad ni se lo agradecí, porque me lastimaron más de lo que era menester. Su único alimento era atole y pan; y los médicos le dieron de alta cuando a él le parecía que todavía "necesitaba más agua de calaguala y más parchazos." En los dos meses que pasó en el hospital vió muchos abusos y mucha falta de cuidado con los enfermos. A los moribundos les ponían en la noche "un crucifijo frente de la cama con una vela a los pies, y se iban a dormir los enfermeros, dejando a su cuidado que se muriera cuando le diera la gana." Explica el autor que "a esta ceremonia de indolencia y poca caridad llaman en los hospitales poner el Tecolete."

En Doña Marina, Ireneo Paz nos proporciona muchos detalles de la indumentaria y los muebles de los indios y conquistadores. Al describir la casa de Doña Isabel, hija legítima de Moctezuma que había tomado el nombre de Isabel en el bautismo, el autor habla de "la mezcla de los objetos fabricados por los españoles con el tinte europeo, con los hechos y puli-

dos por los aztecas. Al lado de un sillón acojinado con terciopelo, se veía un yepalli de juncos o una estera de palma; al lado de los cortinajes de punto estaban los tapices de plumas de colores; junto a las lámparas de cristal se encontraban los pebeteros de mármoles bruñidos toscamente, y, por fin, se veían las lunas de Venecia con los cuadros de concha." Sigue el autor; "En lo que principalmente se había puesto el mayor esmero, según la costumbre del país, era en los baños y en los jardines. Los primeros estaban sombreados de árboles, rodeados de flores que los embalsamaban, conteniendo en el interior de ellos todas las comodidades apetecibles. Los segundos eran espaciosos, simétricos y enteramente poblados de los arbustos más exquisitos, de las rosas más delicadas y de las plantas más raras por su fragancia o por su belleza."

En las novelas de Riva Palacio se nos presenta un cuadro más completo de la ciudad porque nos lleva a toda clase de habitación desde el Palacio Nacional donde se alojaban los virreyes hasta el cuarto del Zambo cerca de la plaza de las Escuelas, que estaba delante de la Universidad. Este era "un cuarto bajo, sucio, sin más muebles que una cama vieja y sin colchón.... y algunas estampas de santos, verdaderas caricaturas, pegadas en la pared con papel mascado." Otra casa por el estilo es la de la Sarmiento, la bruja de Monja y Casada, Virgen y Mártir; estaba cerca del tianguis de Juan Velázquez fuera de la traza. "Vivía por allí, en una miserable casita-

de adobes, compuesta de tres piezas con un corralón a la espalda.... las tres piezas de la casa eran una sala, una recámara y una cocina, casi desprovistas de muebles.... En uno de los rincones había una cuba vacía, que apartó la mujer con gran facilidad, y debajo una gran loza con un anillo de fierro oculto por un montón de basura." Abajo había un subterráneo y allí "en el fondo de la segunda bóveda había una mesa cubierta con una bayeta negra, vieja y llena de manchas y de agujeros. Las bóvedas eran un confuso depósito de objetos raros y horribles, esqueletos, cráneos, animales vivos o disecados...."

En Martín Garatuza, Riva Palacio describe una casa vieja de los primeros días de la colonia que estaba en la calle de las Canoas. Se llamaba así esa calle, que hoy es un tramo de la calle de Donceles, porque en calles en que el caño del agua tropezaba con una acequia, se establecía la continuación del caño, colocando sobre la acequia uno de madera, que se llamaba canoa, como nos dice Marroquí (9). Don Leonel de Salazar, personaje importante en la novela citada, "se detuvo frente a una gran casa de tristísima apariencia. En el alto muro que formaba la fachada de aquella casa, había sin cuidado ni orden algunas ventanas guarnecidas de fuertes y dobladas rejas, todas cerradas por dentro.... la puerta de la casa tenía una figura rara también, y los batientes ostentaban gruesos clavos de fierro." En otra parte, el autor nos cuenta que los vecinos la llamaban la "casa colorada por estar construída toda de

esa piedra, especie de lava, de espuma ígnea que se llama en México tezontle."

En Memorias de un Impostor, del mismo novelista, se describe una casa en una de las calles inmediatas al templo de la Merced, "de apariencia humilde, pero que revelaba inmediatamente el bienestar de sus moradores: sin pretensiones de grandeza, sin escudos ni emblemas sobre la entrada; sin esas macisas --- puertas, tachonadas de bruñidos clavos de bronce y con escandalosos llamadores, figurando cabezas de sátiros o de leones; sin nada, en fin, que acusara un deseo de ostentación, aquella casa parecía estar siempre de fiesta.... cuantos pasaban por primera vez por aquel barrio entonces floreciente y comercial, se detenían involuntariamente a mirar el ancho patio, sembrado de flores y sombreado por algunos arbustos cuidadosamente educados, a escuchar los cantos de los zenzontles, de los jilgueros y de otros pájaros americanos que se mecían en graciosas jaulas; y hubo transeúntes afortunados que encontraron abiertos los encerados de las anchas ventanas, y acercándose a las fuertes rejas que las guardaban, descubrieron en el interior de las habitaciones elegantes muebles, tapizados de brocado, y en los pavimentos ricas esteras chinas." En contraste con esa casa describe "una casa tan grande como triste, conteniendo -- un gran número de cuartos y viviendas repartidos en tres patios, y una multitud de vecinos; pero todos, en apariencia, de la -- clase más infeliz de la sociedad. El patio principal debió,--

en otro tiempo, haber sido jardín, pues aún se conservaban algunos arriates, y sobrevivían algunos árboles, desgraciadamente descuidados. En el centro una gran fuente proveía de agua a los vecinos, y cerca de la entrada, una malísima estatua de piedra, queriendo representar a San Pablo, recibía algunas veces las ofrendas de flores de las beatas que allí vivían.... el aspecto general del edificio era tristísimo y sombrío: paredes que habían perdido el aplanado y mostraban caprichosas grietas, vigas que descubrían sus cabezas llenas de verdinegro o amarillento musgo, yerbas que crecían con libertad en los muros o sobre los techos: por todas partes el desasosco, el abandono, la miseria, la ruina."

En la misma novela encontramos una descripción de la estancia que el virrey había preparado para doña Juana: "Cuanto lujo y elegancia podía haber en aquella época, se había agotado en aquel retrete, que parecía la habitación de una hada. Profusos cortinajes blancos recamados de oro y sembrados de flores bordadas de seda de colores, mullidos divanes, mesas y sitials de exquisitas maderas, incrustados de nácar, de carey y de marfil. Fantásticos jarrones de China y búcaros del Japón, llenos de rosas; candelabros de cristal y de plata, estatuas de mármol, tupidas alfombras de seda, tapetes persas, y en medio de todo aquello, un lecho soberbio, mirándose apenas blanco y voluptuoso al través del rico pabellón que descendía en derredor de él, desde el techo como una cascada de seda y de oro y de flores....

seis bujías perfumadas alumbraban la estancia.... sobre una -- mesa había una pequeña vajilla de oro, algunos manjares, y en -- elegantes botellas de cristal de bohemia, de extraña figura, -- vinos...."

De las descripciones de Riva Palacio de las casas magní-- ficas tanto de los príncipes indios como de la gente acomodada criolla y española al cuarto donde murió la madre del Periqui-- llo en la miseria hay mucha distancia. Fernández de Lizardi -- señala la pobreza del cuarto al darnos la lista de los muebles que deja al casero en lugar de los diecisiete pesos y cuatro -- reales que le debía: una cama vieja, canapés y sillas destri -- pados y llenos de chinches y todos los demás muebles en el mis -- mo estado de ruina. Los "arrastraderitos" donde el pícaro me -- xicano acostumbraba dormir cuando no tenía dinero no difieren -- entre ellos más que en el grado de la miseria que representa -- ban. Dormía sobre las mesas del billar, en accesorias inmun -- das en compañía de gente borracha y sucia.

En la obra de Fernández de Lizardi no hay esas descrip -- ciones de casas y muebles que se hallan en las novelas de Riva Palacio. A Lizardi los personajes, las acciones buenas o ma -- las, la miseria o la riqueza espiritual son las facetas de la -- vida que le interesan.

Los personajes de Ireneo Paz y de Riva Palacio casi no -- frecuentan los mercados y si los mencionan es para dar algún -- detalle histórico o para identificar el rumbo por donde anda --

ban los personajes; contrastando con esto, el Periquillo va de un mercado a otro; comprando ropa vieja o vendiendo algo en el Baratillo, cuando se quedaba sin blanca. El Baratillo Grande a donde iba el pícaro estaba en el centro del Parián, según -- González Obregón (8); se llamaba el Baratillo Grande, para distinguirlo de otro que estaba en la esquina de Donceles y Factor, hoy Allende. Allí compraba cuanto cosa necesitaba, desde un colchón con su cubierta de vaqueta para envolverlo, hasta la ropa y los utensilios de médico. Cuando llegó el Periquillo a México, cuenta cómo fué a tratar de vender la capa de goli-lla que había robado al doctor Purgante "al baratillo que llaman del piojo, porque en él trata la gente más pobre y allí se venden las piezas más sucias, asquerosas, despreciables y aun las robadas."

En Doña Marina, Paz relata como al empezar la reconstrucción de la ciudad "cada manzana quedó dividida en solares, de los cuales se concedió uno a cada persona que quiso asentarse por vecino, recibiendo dos si era conquistador; se daban con obligación de fabricar casa y sujetarse a las cargas que las leyes y las costumbres imponían." Don Hernando tomó las casas nueva y vieja de Moctezuma, de los lados oriente y poniente de la Plaza Mayor. "Para casas de cabildo quedó señalado el lugar de la Diputación en donde después estuvieron también la -- carnicería y la cárcel: para mercado se dejó la parte de la -- plaza principal delante de las casas nuevas.

En el mismo libro explica el autor, cómo, en los primeros días después de la conquista cuando los indios trabajaban en la reconstrucción de la ciudad, en las noches tenían que retirarse a sus cuarteles en Tlaltelolco y Tacuba que quedaban fuera de la traza. Al hablar de la casa que Cortés mandó construir para Marina en el barrio de San Cosme, se comenta que quedaba muy lejos de la ciudad. Sigue diciendo el autor que "los barrios de Santiago y San Cosme eran los únicos que estaban bien provistos de casas." Al describir la casa de Marina, Paz dijo que "existió aún, aunque ya destrozada, en el siglo pasado (siglo XVIII), y de la cual no han dejado ni el recuerdo de las modernas construcciones del aristocrático barrio de San Cosme." "El edificio que iba a ser el palacio de Doña Marina, levantábase frente al acueducto que estaba construyéndose para surtir de agua a la ciudad, en la línea de hermosas fincas que hoy forman la Ribera de San Cosme." En otra parte de la novela, Cortés señala al barrio de Tlaltelolco como el más extenso y el más poblado de todos.

El barrio de Santa Ana seguía siendo barrio pobre en el siglo XVIII porque Lizardi refiere que el Periquillo llevó a su primera esposa a "una accesoria muy húmeda y despreciable por los arrabales del barrio de Santa Ana." Este barrio es de los más antiguos y por él pasaba una de las siete acequias importantes. También tenía la distinción de ser el lugar donde los oficiales de la ciudad esperaban al nuevo virrey según Ma-

rroquí (9). El pueblo de San Agustín de las Cuevas, a cuatro--
leguas de México, que hoy se llama Tlálpam, sirve de escenario--
para la vida honrada del Periquillo arrepentido.

En La Quijotita y su Prima, también de Lizardi, se cita el
paraje de la Tlaxpana donde fueron a vivir el Coronel y su fami--
lia y el autor nota que estaba a distancia de la ciudad. Tam--
bién en este libro se habla del "ameno pueblecito" de Tacubaya--
donde se celebraron las fiestas de una boda de rancheros.

En ninguna de las novelas citadas encontramos esos cuadros
de miseria que nos asegura González Obregón (10) que existían -
en los barrios apartados; en las de Riva Palacio y Paz porque -
en los tiempos que describían ellos todavía no se habían pobla--
do esos barrios y en las de Lizardi porque a este autor no le -
interesaba más que la vida de la ciudad.

González Obregón (10) relata que se veían "cerdos cebados--
con inmundicias y gallos y gallinas saltando entre los trancos--
de los corrales o encima de los techos de las casuchas de ado--
be. Perros famélicos husmeaban en los muladares poblados de --
moscas, léperos semi-desnudos espulgábanse al rayo del sol, mu--
chachos harapientos, mugrosos y enmarañados trepaban en los po--
cos árboles o jugaban a la guerra a pedradas. Los barrios esta--
ban poblados de la miseria, la insalubridad y la incuria.... SÓ--
lo el barrio de la albarrada de San Cosme era alegre."

CAPITULO II

LA ADMINISTRACION PUBLICA

Pascual Almazán.- El gobierno.- Los servicios públicos.- La justicia civil.- La justicia eclesiástica.

Entre las otras muchas novelas del género histórico escritas por los autores del siglo XIX, sólo Un Hereje y un Musulmán de Pascual Almazán (natal del Pomar) trata de la Ciudad de México. Casi no se encuentran datos sobre la vida ni la obra de ese autor. Esta novela, publicada en 1870 en la imprenta de Luis Inclán, es según Monterde (5) "una novela bien documentada."

Cuenta la vida de los hijos de unos holandeses que habían venido de los Países Bajos por la persecución del Duque de Alba en la segunda mitad del siglo XVI. Uno de ellos había conseguido establecerse en la Ciudad de México pero pronto se vio forzado a abandonar su comercio en la calle de los Flamencos, a causa del sentimiento en contra de los extranjeros. Se retiró al campo y compró una hacienda cerca de la encomienda de su cuñado. Adriano, el hijo de aquél, y Elvira su prima se enamoraron y si no hubiera sido por las maquinaciones de un vecino, árabe converso, José Alavez, todo habría estado bien. Alavez, que era personaje verdadero de la época y uno de los primeros "familiares" del Santo Oficio, lo acusó ante la Inquisición de ser hereje y Adriano fué a dar a las cárceles del Santo Oficio.

El Presidente del Tribunal comenzó a tener sospechas del árabe y por fin salió Adriano y Alavez entró en la cárcel. Es bastante interesante esta novela y pinta de un modo sobrio y apegado a la historia, la vida de México en el siglo XVI.

Volviendo a la novela Doña Marina encontramos muchos datos sobre la organización de la ciudad después de la derrota de los indios. El relato sigue fielmente a los mismos historiadores que sirvieron de fuentes autorizadas a Marroquí (9) y a Jesús Galindo y Villa (11) en sus historias de la ciudad. Cita que el toque de queda en los primeros meses se daba con cornetas porque "todavía no se acababan de vaciar las primeras campanas en México." "Después de este toque, nadie más que las rondas tenían derecho a transitar por las calles." Sigue diciendo que ya más tarde, cuando había campana de la queda "que tenía lengua tan imponente, que a su solo sonido todas las demás enmudecieron, se embozaron en sus capas los que las tenían y echaron a andar por diferentes rumbos.... ni siquiera podían oírse ya a esas horas, las conversaciones de los castellanos o los cánticos tristes que entonaban los indios a todas horas, y principalmente al oscurecer, pues que después del toque de queda, a nadie le era lícito mover los labios, so pena de ser llevado a la cárcel."

Asegura que a los indios les era permitido encender sus fogatas en sus cuarteles con la condición de que estuvieran alrededor de ellas. Los españoles, civiles o militares tenían -

que dejar la única taberna que había entonces y retirarse a -- sus posadas. Desde esa hora salían las rondas, compuestas de diez hombres a recorrer la ciudad.

Almazán cuenta que uno de sus personajes había ido a ha-- cer una visita al oidor Vasco de Puga y al oír el sonido de la queda "la reunión se disolvió."

Riva Palacio nos presenta en Monja y Casada, Virgen y Már--
tir el espectáculo del México del primer tercio del siglo XVII, escenario de los motines y sublevaciones de la gente pobre y - de las disensiones entre el Arzobispo Juan Pérez de la Cerna y el Virrey, el Marqués de Gelves. Por fin el Virrey tuvo que - buscar asilo en el Convento de San Francisco, en donde se que-- dó de hecho un prisionero de la Audiencia. La acción de Mar -
tín Garatuza se desarrolla durante los meses después del tumul-- to en el mismo año de 1624. En ese tiempo llegó el Marqués -- de Cerralvo en calidad de Virrey para investigar el levanta -- miento en contra de su predecesor. Llegó en un momento críti-- co para su gobierno porque los holandeses habían tomado el --- puerto de Acapulco y amenazaban con una invasión y la interrup-- ción del comercio con Filipinas.

La novela Memorias de un Impostor, del mismo autor comien-- za la noche del incendio del palacio en 1642. Era Virrey en-- esos años el Marqués de Villena, buen gobernante, a quien no-- le faltaban enemigos que conspiraran en contra de él. Entre-- los más ambiciosos de sus enemigos se contaba el Arzobispo --

Juan de Palafox. Este con el apoyo del Rey, se hizo Virrey y le forzó al Marqués a tomar asilo en el Convento de Churubusco. Casi toda la acción de Los Piratas del Golfo sucede durante el gobierno del Marqués de Mancera, entre 1664 y 1669 y fuera de México; así es que el gobierno de este país no tiene mucha importancia en este libro. Las Dos Emparedadas comienza en España en 1668 y en 1683 la escena cambia a México para seguir la suerte de Valenzuela. En esa época les tenían mucho miedo a los piratas y por eso el Virrey había mandado que todos los varones de quince a sesenta años, se acuartelaran para armarse, formándose regimientos de españoles, mulatos, de indios y de negros. Hubo un día en que no aparecieron en la calle -- más que mujeres; ellas despachaban en las tiendas, compraban y vendían en los mercados y en fin, hacían todo el trabajo de la ciudad. Esta novela cuenta la vida de los amigos de Valenzuela y el autor no se preocupa tanto en darnos cuadros de la época.

El naufragio del Periquillo en una isla donde es recogido por un chino a quien le tiene que explicar la vida de México, le da a Lizardi la oportunidad de exponer su criterio de lo -- que constituye un gobierno bueno. Insiste en la obligación -- del gobierno de enseñar a todos sus ciudadanos las leyes.

Según Ireneo Paz el alumbrado en los primeros días de la colonia, después del toque de queda, se reducía a un farolillo "encendido en lo alto de cada casa donde había fondos públicos

y en las torrecillas de los que habían obtenido el lujo de --- permitírseles que las tuvieran." En esos días se usaba una -- campanita en el cuartel de Alvarado, que se llamaba del pregón o del correo. "Eso significaba que todos los empleados civi - les y militares debían reunirse en las incipientes casas con - sistoriales para escuchar alguna nueva." También relata Ire - neo Paz que tenían la costumbre de "dar el toque de medio día - en la casa del ayuntamiento, que era la hora en que comían los españoles y la gente de iglesia."

En Monja y Casada, Virgen y Mártir nos platica Riva Pala - cio que "a las ocho de la noche casi nadie andaba ya por las - calles, y sólo de vez en cuando se percibía el farolillo de -- un alcalde que iba de ronda, o la luz con que un escudero o un rodrigón alumbraban el camino de un oidor, de un intendente, - o de una dama que volvía de alguna visita.... los truhanes y - los ladrones tenían carta franca para pasear por la ciudad; la policía de seguridad estaba sólo en las armas de los vecinos... no se veía en todas las calles ni una luz, las puertas y las - ventanas estaban cerradas, y parecía no vivir ninguno de los - treinta y siete mil habitantes que componían entonces la pobla - ción."

En Memorias de un Impostor, el mismo novelista dice "Mé - xico no tenía en aquellos tiempos (mediados del siglo XVII) -- alumbradas sus calles por las noches.... un farolillo, encendi - do por la mano de un devoto, brillaba algunas veces delante de

la imagen de Cristo o de la Virgen, o señalaba a la piedad cristiana en lo exterior del muro de una iglesia el lugar donde estaba el depósito del Sacramento.... las calles, pues, estaban en lo general perfectamente oscuras, y los vecinos cuidaban muy bien de cerrar sus puertas al sonar el toque de las oraciones de la noche." Según el mismo autor, todavía en el último tercio del siglo XVII no había alumbrado en las calles;

En la Quijotita de Lizardi se habla de que "los faroles -- eran unos opacos y otros apagados." Esos faroles de que habla el autor debían ser los que el Conde Revilla Gigedo inauguró -- en 1790 según Galindo y Villa (11). Era cuando apareció por -- primera vez en México, dice González Obregón (8) el tipo popular llamado sucesivamente guarda, sereno y gendarme." Cuando se estableció el alumbrado también había un reglamento que proveía que hubiera un guarda mayor, un teniente, y un guardafarolero por cada doce faroles, los cuales habían de estar provistos de chuzo, pito, linterna, escalera, alcuza y paños y con la obligación de pasar la palabra de unos a otros desde las once de la noche, diciendo la hora y el tiempo que hacía de cuarto en cuarto de hora, no valiéndose del pito sino para reunirse -- cuando necesitaran auxilio." A continuación se crearon ocho -- cabos, armados de sable para que vigilaran a los guardas. El Periquillo relata su aventura con un sereno cuando sus amigos iban a robar a una viuda rica. "Yo me fui con mucho disimulo a encender un cigarro en la vela del farol del sereno, que es--

taba sentado en la esquina.... apenas empezaba yo a enredar - conversación con él, cuando oímos abrir un balcón y dar unos gritos terribles a una muchacha.... el guarda luego se levantó; chifló lo mejor que pudo y echó unas cuantas bendiciones con su farol en medio de las bocacalles para llamar a sus compañeros, y me dijo: -Amigo, déme usted auxilio, tome mi farol y vamos. Cogí el farol, él se terció su capotito, y enarboló su chuzo; pero mientras hizo estas diligencias, se escaparon los ladrones."

Estos guardas son los sucesores de las rondas de que nos habla Ireneo Paz en Dofia Marina. Dice que en aquellos días - todos sabían que "las rondas, más procuraban estarse dentro de un portal que recorriendo las calles, y más gustaban de -- dormir que de estarse velando toda la noche, atentas a que -- la costumbre había hecho que todos acataran aquellos decretos.... para evitarse del encuentro con una ronda había la -- ventaja de que ésta se hacía notar por las hachas encendidas -- que llevaba y por el ruido acompasado de sus pisadas." Don -- Catrín de la Fachenda tuvo una aventura con una ronda, que -- por poco le vuelve a la cárcel de donde acababa de salir no -- hacía mucho. Se había hecho gurupié de un amigo y luego lo -- engañó. Al saberlo, el amigo le quebró un bastón en las costillas y lo echó a la calle en paños menores. Encontrado por una ronda, él, con mucha sangre fría, les hizo creer que unos ladrones le habían robado e inclusive lo llevaron a su casa,

La ronda que prestó ayuda a Fray Angelo para libertar al Señorito en Las Dos Emparedadas de Riva Palacio, se componía de -- "un alcalde vestido de negro, como de costumbre, que llevaba ceremoniosamente la vara de su oficio, un escribano y varios alguaciles."

En Doña Marina nos cuenta el autor que en los primeros días de la colonia, "cuando los bandos de buen gobierno eran infringidos por quien quiera que fuera, y se infringían andando en la calle después de la queda, haciendo cualquier ruido en el interior de las casas, abriendo las puertas y ventanas, el infractor era llevado por la ronda a la casa correccional y allí tenía que pasarse el resto de la noche. Dice también que el aspecto de la primera cárcel "hacía temblar a los más valerosos y mucho más sabiendo que iban a permanecer allí por muy poco tiempo, pues el conquistador para quitarse molestias de mantener gente ociosa, y de establecer una vigilancia pesada, distrayendo en ocupaciones de ese género a sus hombres de armas, había encontrado mucho más cómodo tener siempre la cárcel vacía, lo cual se le proporcionaba haciendo salir a los presos de noche para que desaparecieran en la fosa común."

En el mismo libro se refiere que el castigo para la traición era de "colgar al traidor del primer árbol que se encontrara cerca del campamento." Habla de los castigos que Hernán Cortés infligió a sus enemigos por el solo hecho de serlos. -- Describe la horca que se levantó enfrente de la casa de Cortés,

en Coyoacán: "La horca consistía en cuatro pies derechos cruzados de vigas por arriba, y en la del centro se ponía una especie de carrucha por donde corría la cuerda que elevaba hasta muy alto al pobre condenado, haciéndole dar con la nuca en las vigas, y produciéndole así dos muertes al mismo tiempo." Si el ahorcado era de menor categoría era más sencilla la horca. Después el lugar de la horca era la Plaza Mayor pero en una ocasión Salazar mandó a ahorcar a los parciales de Rodrigo de Paz frente al templo de San Francisco.

Riva Palacio nos da una descripción detallada de la ejecución de unos esclavos que habían conspirado para tratar de alzarse con el reino. Horroriza la escena por la crueldad innecesaria de los verdugos y del pueblo que miraba. Dice el autor: "Las ejecuciones terminaron: los cadáveres fueron decapitados, y treinta y tres cabezas se clavaron en escarpías en medio de la Plaza." Nos cuenta en el mismo libro, que durante el gobierno del Marqués de Gelves, él trató de mejorar la situación del país. Cuando llegó encontró que: "La justicia se administraba al mejor postor, como una mercancía; los caminos y las ciudades estaban llenas de ladrones, salteadores y bandoleros, cuya audacia llegaba hasta el hecho de haber sido robados dieciocho mil pesos de las cajas reales, horadándose las paredes y fracturándose las cerraduras." A través de todas las novelas de este autor vemos las aventuras de sus personajes que entran y salen de las cárceles o que pasan la vida huyendo

de la justicia.

El mejor cuadro de la corrupción del sistema penal se encuentra en El Periquillo Sarniento. Vemos la venalidad de los escribanos al dilatar los procesos de los que no podían pagar; los abusos de los otros presos con los recién llegados; los resultados de tener mezclados los criminales empedernidos, los noveles y los inocentes. Condena el autor el sistema de esa época que daba tanto poder al escribano "porque en efecto el juez dictaba su sentencia según el aspecto con que aquél le manifestara el delito del reo. Esto se veía en los pueblos y -- las ciudades especialmente sobre delitos comunes como en los delitos de juego, hurtos rateros, embriaguez, incontinencia y otros así; porque en los crímenes de estado como asesinatos, robos cuantiosos y sacrilegios, los jueces no se fiaban de los escribanos; sino que asistían a las declaraciones, confesiones, careos, y demás diligencias." En la cárcel, el Periquillo ve que todo se puede tener pagando y por fin sale por una trampa del escribano Chanfaina. Va con éste a su casa y allí aprende todos los engaños que los más ignorantes y deshonorados de esa profesión acostumbraban hacer con los que no supieran defenderse. Para librar al hermano de una muchacha bonita de una sentencia de ocho años en el Morro de la Habana, fué a sacarlo de la cárcel y "a uncir a un pobre indio que había caído por allí por borracho y aporreador de su mujer; este pobre fué a suplir ocho años al Morro de la Habana por el ladrón hermano."

En Un Hereje y un Musulmán, Almazán nos dice que el tor -
mento se usaba en todos los tribunales tanto civiles como ecle -
siásticos como prueba; pero en la segunda mitad del siglo ----
XVIII ya la Inquisición había empezado a suavizar su rigor; la
prisión perpetua había sido abolida por los reyes de España --
y la pena de azotes se sustituía con sacar al reo seguido del -
verdugo a la espectación pública. Después que Alavez había --
denunciado a Adriano de ser discípulo de un hereje, la entrada
de éste en la cárcel del Santo Oficio da al autor la oportuni -
dad de describir el cuarto de tormento. Almazán no nos oprime
tanto el espíritu como Riva Palacio cuando escribe sobre el --
mismo tema.

Refiere que "En lo más recóndito del edificio después de
atravesar un corredor cubierto, el verdugo abrió una puerta --
gruesa que sin embargo estaba puesta como mampara al haz de la
superficie exterior de la pared, y en seguida otra de igual --
espesor fijada en el haz interior del mismo muro. La pieza --
estaba oscura pues sólo tenía aquella luz o más bien abertura -
pero había luz artificial y pasado un breve rato Alavez pudo -
ver. Vió algo semejante a un cuerpo humano suspendido de un -
cable y éste de una polea fijada en el techo; en lo que pare -
cían pies tenía el cuerpo un par de grillos y de ellos colga -
ban dos masas metálicas. Era un muñeco para enseñar a un ----
aprendiz. Cuando había que dar tormento a un eclesiástico de -
bían de hacerlo personajes que pertenecieran a la iglesia. El

potro estaba colocado en medio para poder maniobrar de los dos lados; la cámara no era subterránea (como debería ser) porque a dos palmos se encontraba el agua; la silla donde el terror de Alavez le hizo caer era del médico que había de calificar hasta donde podía sufrir la naturaleza sin que sobreviniera la muerte." Según este autor, las dificultades entre las autoridades civiles y de la Inquisición no fueron decididas hasta la concordia que se celebró después de 1600.

En Monja y Casada, Virgen y Mártir hay una descripción -- del toque de entredicho con motivo de la excomuni3n del Virrey y de los oidores. "Eran las ocho de la noche, y repentinamente se escuchó a lo lejos el clamor triste de las campanas de la Catedral, y luego el de todas las iglesias de la ciudad, -- que se elevaba en el silencio de la noche como un presagio sombríamente siniestro.... las campanas seguían. Tocaban pavorosamente a entredicho, y el tumulto en las calles era espantoso. Todavía a fines del siglo XVIII cuando ya se acercaba el fin de la Inquisición, la amenaza de la beata de La Quijotita de ir al Santo Oficio a denunciar al coronel por hereje tenía poder de intimidar a la familia de éste. El mismo Pensador -- había sentido el peso de la excomuni3n en la ocasi3n de un --- artículo que escribió en apoyo de los masones.

CAPITULO III

LA VIDA COLONIAL

La vida mexicana en el hogar y en la sociedad,- Las fiestas civiles y religiosas,- El juego y otras diversiones,- Las costumbres.

En las novelas de Ireneo Paz, de Pascual Almazán y de Riva Palacio, no hay el elemento de costumbrismo que se encuentra en la obra de Fernández de Lizardi. Las conversaciones de sus personajes, sean de la esfera social que sean, son altisonantes, nobles e imposibles. La vida colonial según ellos es una serie de lances románticos, intrigas amorosas o políticas, de venganzas crueles y de ambiente teatral. No hay término medio entre esta vida y la vida cruda pero real de los personajes de Fernández de Lizardi.

Bajo el microscopio de Lizardi vemos la miseria, la mugre y la corrupción de la ciudad durante los últimos años de la dominación española. Esa plebe que pulula por los arrastraderos, por las fondas de ínfima categoría y por los baratillos sucios, esa gente que nos asquea por sus vicios y su falta de moral, la presenta el autor en un cuadro palpitante de vida. Sólo vemos una reproducción fiel a la vida cuando enfoca su microscopio en la podredumbre espiritual, la pobreza, la desventura y el hambre.

En la obra de Paz nos damos cuenta de la vida metódica de

los habitantes de Nueva España, en los primeros días de la colonia, La comida se servía a las doce del día en punto y generalmente duraba poco más de una hora porque era frugal. Después se dormía una siesta hasta las tres de la tarde, cuando se tomaba el chocolate.

Relata Almazán que en 157- existían al norte de la Calzada de Tacuba, fuera de la traza, unos jacales en medio de un bosque pequeño donde se tomaban unos tamales muy celebrados en la ciudad, atole de leche, y chocolate de espuma, compacto y servido en frío como lo usaron los antiguos mexicanos; o caliente, según lo modificaron los españoles. Muchos paseantes iban allí a beber el primer chocolate después de oír misa a las seis de la mañana; otros, generalmente de más edad, tomaban en casa de la tía Andrea el segundo chocolate a las diez de la mañana. El paseo volvía a estar concurrido en la tarde por los que bebían allí su chocolate después de la siesta y otra vez a las seis se tomaba para poder esperar la cena que se servía a las nueve.

Como en esos tiempos no había ningún paseo público porque Don Luis de Velasco todavía no había comenzado la Alameda, las personas que deseaban pasear tomaban la calzada, visitaban los barrios y si no querían alejarse del centro de la población, se dirigían al bosquecillo citado. Era un lugar de reunión -- cerca del cual podían tomarse canoas para ir a las lagunas o a los mercados de Tlaltelolco o de San Juan. Además, desde allí

se veían los que entraban o salían por la calzada, y esto era alguna diversión cuando no había otra pública en la ciudad.

En el siglo XVII según Riva Palacio, las gentes eran esclavos de método. A medio día todo el mundo cerraba la casa y no la abría hasta después de la siesta. A fuerza tenían que comer a la una, aunque no tuvieran hambre; tenían ciertos días de la semana para rasurarse y no se rasuraban otro día, pasara lo que pasara. Por eso casi siempre había fiestas los jueves y domingos, por ser días de rasurarse.

Cuenta el mismo autor que en aquellos tiempos "México era una ciudad tan triste; la vida era tan monótona; había tan pocas cosas que preocuparan la atención pública, que la entrada de un virrey o de un arzobispo, era un gran acontecimiento. En aquellos tranquilos y felices tiempos, muy de tarde en tarde llegaba un navío o una flota al puerto de Veracruz, trayendo noticias del rey y correspondencia de España. Al llegar a México las noticias, se tañía solemnemente en Catedral una campana que estaba destinada sólo a aquel objeto, y que se llamaba por eso, 'la campana del rey'."

Agrega el mismo novelista que estas emociones no eran para todos los días sino muy de cuando en cuando. En una de esas ocasiones las calles se veían llenas de carruajes, jinetes, paseantes a pie y de sillas de manos. Esas sillas de manos, "muy de moda en aquellos tiempos, sobre todo entre los oidores y las damas de alta jerarquía", eran muy lujosas, con-

cortinas de seda para que no se vieran las personas que las -- ocupaban. Por lo general las llevaban robustos esclavos y de noche iban en frente unos lacayos con hachones.

En Monja y Casada, Virgen y Mártir, Riva Palacio describe el aspecto de la ciudad en tiempo de Carnaval. Dice que "hombres y mujeres andaban en las calles con máscaras y antifaces, haciendo lujosas y elegantes comparsas,..." Agrega, que "el -- lujo de los vestidos, en los carruajes y en las casas era tal, que a decir de los viajeros que concurrieron a México en aque- lla época, no había ciudad que no pudiera envidiar en ésto a -- la naciente capital de la Nueva España. Una inmensa cantidad de carrosas invadía las calles y los paseos en los días de --- fiesta, y con tanta magnificencia que los caballos tenían las herraduras de plata, y en sus guarniciones se usaba el oro, la plata y hasta las piedras más preciosas." Añade que no había bailes públicos pero que las fiestas particulares eran muy --- alegres y los paseos animados. Durante estas fiestas andaban en las calles comparsas de estudiantes con sus panderos y sus guitarras; bailaban y cantaban y entraban en las casas alboro- tando a todos.

Si se nota mucho la diferencia entre el modo de vivir de la gente rica y el de los pobres, también puede notarse la que hay entre el modo de morir de unos y de otros. Riva Palacio -- relata en Martín Garatuza "en uno de los barrios más pobres y -- apartados de la ciudad, en una casucha triste y miserable, es-

taba tendido el cadáver de un hombre como de cuarenta años, casi desnudo; tenía a su lado una pequeña vela de sebo que ardía pegada en el suelo, y sobre el estómago del cadáver había un plato de barro, viejo y roto, en el que se habían depositado algunas monedas de cobre." Una anciana que estaba en la puerta lo había recogido de la calle ya muerto: por el miedo que tenía de que se lo fueran a comer los puercos o los perros, lo estaba cuidando y tratando de juntar algo de dinero para su entierro.

Al rico don Pedro de Mejía, personaje de la misma novela, le daban otro trato cuando se moría. "Suntuosos fueron los Sacramentos de don Pedro. El Virrey, el Visitador y la mayor parte de los caballeros de la Corte concurren a ellos, alumbrando con cirios desde la calle hasta la cámara del enfermo. El Viático que lo traía el mismo Arzobispo de México, venía en la más rica de las carrozas de don Pedro; multitud de hermanos de las cofradías acompañaban aquella procesión, y mil campanillas de todos tamaños venían por las calles, llamando la atención de los vecinos y acompañando con su incesante sonido el coro del cortejo del Divinísimo."

En los primeros años de la época colonial hubo muy poca vida social, según Ireneo Paz, por la falta de mujeres europeas y por el mismo trabajo de la reconstrucción. En su novela, Doña Marina, se cuenta que hacían fiestas en la casa de Cortés, cuando celebraban las no muy frecuentes misas. En una

fiesta que el conquistador dió en su casa, en Coyoacán, para celebrar sus triunfos, todo el pueblo tenía aire de fiesta. - "Las calles habían sido adornadas con arcos de flores, las músicas de los indios atronaban el aire con sus sonos, y en la plaza, frente a la casa de Cortés, había danzas, tablados cubiertos de cortinas, juegos y todo lo demás que constituía -- en aquella época el regocijo público." Después de una cena - excelente, los caballeros invitaron a las damas a dar un pa - seo por la plaza para ver las danzas y los fuegos de pólvora.

En otra ocasión, relata el autor que Cortés tuvo un torneo que consistía de varios combates singulares y otro general; y que después de las justas, a sesenta de sus capitanes - los armó caballeros en una ceremonia solemne apegada a los reglamentos. Sobre esta ceremonia Paz hace los comentarios depreciativos que acostumbra a hacer cuando se trata de los españoles o del clero.

Al describir la boda de la princesa india Isabel y el señor Pedro Gallego, Paz dedica todo un capítulo a los adornos - la ropak y los invitados a esta ceremonia cristiana, ya con - influjo indígena. Dice este autor: "El lector no podrá for - marse una idea siquiera del conjunto que resultaría de la civilización azteca y española reunidas, que no estaban muy --- aventajadas, pues que era preciso estar presenciando las danzas al lado de las justas, los juegos de dados o de naipes al lado del juego de pelota de los indios y las músicas de unos - y otros de tan distintos timbres e instrumentos." Agrega que

lo único en que eran iguales unos a otros era en su embriaguez.

Entre otras diversiones cuenta Paz que "a veces se improvisaba una música con los españoles que sabían tocar un instrumento, a veces se jugaba y se bebía y en otras se jugaban juegos de prendas o se bailaba el minuet de la corte." Hubo también carreras y juegos de cañas, diversiones teatrales y excursiones a los alrededores. Ireneo Paz nos da la impresión de que el vicio más grande de los españoles era el del juego; insiste en que se jugaba a todas horas apostando todo lo que poseían.

Ya en el siglo XVII desde luego hubo más vida social pero aún así no era muy común andar en fiestas muy noche. Casi siempre terminaban a las diez o poco después porque era muy peligroso andar por las calles oscuras de la ciudad. Las fiestas eran, por lo común, particulares y se daban en la ocasión de un santo, un bautizo o alguna ceremonia íntima. Doña Fernanda de Memorias de un Impostor era una excepción a las demás damas de su época porque no hacía otra cosa que tener saraos, reuniones y paseos. En estas tertulias los convidados platicaban, jugaban a las damas o naipes o, a veces, conspiraban.

Riva Palacio cita muchas costumbres de la gente del siglo XVII, entre otras, la de encender una luz de esta manera: "Sacó de la bolsa de sus gregüescos un eslabón y un pedernal, hizo saltar una chispa que encendió una larga mecha. Guardóse entonces el eslabón y el pedernal, y de otra bolsa sacó --

una torcida de cera, y de una bolsita de piel de venado bordada de sedas de colores, una pajuela de azufre. Aplicó la pajuela a la mecha encendida y brotó una llama rojiza, y en esa llama encendió la torcida." Cuenta que cuando el carruaje del Arzobispo iba precedido de un pertiguero montado en una mula blanca, era indicio que iba dentro del coche su Ilustrísima. También refiere que las monedas que se usaban entonces no eran redondas sino de formas irregulares.

Almazán relata en Un Hereje y un Musulmán como Adriano -- se vió mezclado en la guerra que hicieron unos clérigos a los frailes franciscanos para impedir que sacaran a la Virgen en procesión un quince de agosto. El hijo del holandés había ido a pasear a caballo por el barrio de Santa María la Redonda --- cuando supo que iba a haber procesión en honor de la Virgen. Se fué para la Capilla de San José que formaba parte del Convento de San Francisco de donde debían salir con la Virgen. Los clérigos estaban al poniente de la zanja junto con los españoles que vinieron a ayudarlos porque vieron que los indios se habían puesto del lado de los franciscanos. Se tiraron piedras y lodo del fondo de la acequia y cuando cesaron las hostilidades ya no hubo fiesta.

En Los Piratas del Golfo, Riva Palacio da una descripción del Paseo del Pendón, una fiesta civil y religiosa que se celebraba el día trece de agosto, en conmemoración de la toma de la ciudad por Cortés. En esta fiesta paseaban el Pendón desde el Ayuntamiento hasta la iglesia de San Hipólito, por las ca -

lles de Tacuba, en la víspera de la fiesta y otra vez en la mañana del día trece. Después de la benección y la ceremonia religiosa volvían con el Pendón al Ayuntamiento, pasando por la calle de San Francisco que hoy es la de Madero. Esta fiesta era una de las más lujosas que se celebraban porque todos los caballeros lucían sus mejores galas y hubo mucha ostentación en los adornos de sus personas y de sus caballos. Todas las calles por donde llevaban el Pendón estaban adornadas con colgaduras en los balcones y las ventanas y en esos balcones estaban muchas damas muy bien vestidas, que esperaban ver pasar a sus galanes. Después del paseo había comidas y diversiones hasta en la noche. Esta fiesta llegó a ser ridícula, comenta González Obregón (8) cuando el paseo se hacía en coche y no a caballo. El último paseo se celebró en 1822, a pesar de ser impropio en una nación libre como lo demostró el Pensador Mexicano en un folleto.

Comenta Riva Palacio que "En aquellos tiempos un auto de fe era una de las diversiones más concurridas y más del gusto del pueblo." Hay mucha verdad histórica en sus descripciones de los autos de fe, porque tomó su materia de los archivos de la Inquisición, que tenía en su posesión. Casi siempre se verificaba el juicio de los acusados en la Plaza Mayor y había palcos desde donde los personajes principales podían mirar; además había gradería para la plebe. Como el proceso duraba mucho, los de los palcos se retiraban a comer o a descansar y -- después volvían para escuchar el sermón y la sentencia, una --

vez que los acusados fueran entregados al brazo secular. De -- allí los llevaban al quemadero a que los quemaran vivos, o des-- pués de muertos o como pasó las más de las veces, en efigie. -- El autor insiste en que estos autos eran la delicia de las da -- mas de aquellos tiempos y nos horroriza con los detalles de los tormentos. Parece que se le olvidó que se usaban de los mismos modos crueles con los acusados de crímenes seculares.

Con las novelas de Fernández de Lizardi saltamos un siglo-- y llegamos a la ciudad mexicana del fin del siglo XVIII. El Pe-- riquillo Sarniento nos cuenta la vida de un pícaro quien después de pasar una vida mala se arrepiente y deja la historia de su -- vida azarosa para lección a sus hijos. Nos pinta el retrato de un hogar acomodado donde el niño pasa los primeros años mimado-- por sus padres y sobre todo por su madre. Él hacía su santa -- voluntad y no aprendió a controlarse porque no se le negaba na-- da. Lizardi ataca todas las costumbres que él consideraba da -- ñosas como la de darles a los niños "chichiguas" sin indagar -- nada de la persona que iba a servirles, la de bañar a los niños en agua caliente, la de consentirlos y mil más.

Ya un poco crecido el niño, lo acompañamos a sus escuelas. Una buena, las demás malas. Siguió una carrera aunque no tenía ningunos dotes para ella porque su mamá no quería que su hijo-- aprendiera un oficio. A propósito de las escuelas, el autor nos expone sus ideas sobre la educación de los niños. Reniega de -- todas las costumbres arraigadas en la superstición como la de -- ponerles a los niños fajas de dijes tales como "manitas de aza--

bache, ojo de venado y cólmillo de caimán" con el fin de que -- no les hagan "mal de ojo." Riñe la costumbre de dejar que las criadas les llenen la cabeza a los niños de cuentos de apariciones, espantos y visiones.

Más tarde, cuando Periquillo empieza a vivir su vida de pícaro, nos lleva a las tertulias poco decentes de mujeres alegres donde aprende a bailar, a jugar billar y naipes y nos cuenta: - "Un año gasté en aprender todas estas murrangas; pero eso sí, salí maestro y capaz de poner cátedra de fullería y leperage a lo decente." Después de la muerte de sus padres, cuando se quedó en la miseria, su amigo Januario le enseñó a ser cócora en el juego y aprendió todas las trampas que se practican. Cuando le iba mal tenía que ingeniarse para poder comer y pagar una mala noche en un arrastraderito asqueroso.

Le acompañamos al Periquillo en sus aventuras y nos enseña todos los vicios y defectos de la época. Como aprendiz de barbero se hizo buen "desollador de indios," como médico sin título mataba a muchos y curaba a pocos y eso por casualidad, como ayudante de escribano llegó a saber hacer escrituras sin saber el significado de lo que escribía y así por el estilo iba de -- oficio en oficio hasta terminar haciéndose mendigo y ciego fingido y aún entonces no tuvo lealtad con los que le ayudaban, -- porque los delató.

El Pensador mira a México con anteojos color de humo, pero nosotros podemos ver el cuadro verdadero que presentaba al fin del siglo XVIII si consideramos que su propósito al escribir era

corregir y por consiguiente exagera todo; lo malo es muy malo y todo lo bueno nos aburre por su demasiada bondad.

En Don Catrín de la Fachenda, Lizardi nos muestra la vida de un catrín desde los primeros días de una educación que él -- juzgaba superflua en un noble como él, hasta su muerte en el hospital.

En La Quijotita y su Prima expone el autor los defectos de la educación religiosa y secular que daba a las mujeres, sea en la casa o en las Amigas al fin del siglo XVIII. Nos pinta la vida inútil de Pomposita y la vida ejemplar de Pudenciana como reflejos de la mala o la buena educación que les daban sus padres.

Vemos este contraste en la manera de pasar el día de las dos mamás, como lo describe Lizardi. La mamá de Pomposita nos cuenta: "Me levanto a las ocho u ocho y media, por lo regular; de esta hora a las nueve me desayuno; de las nueve a las diez me visto y me aseo para salir; a las diez tomo el coche y me voy a la Alameda a hacer ejercicio, o al Parián a comprar algunas cosas, o a casa de alguna amiga. En éstas y las otras dan las doce y me vengo a almorzar; después en tomar la lección de baile y recibir algunas visitas se va el tiempo hasta las dos o dos y media en que viene mi marido y nos ponemos a comer; después de esto, a las tres y media o las cuatro, me acuesto a dormir la siesta hasta las seis; a las seis me levanto, tomo chocolate, me voy al paseo o me entretengo en vestirme hasta las ocho, hora en que me voy a algún baile o al coliseo; acabada la comedia o el baile, que es bien tarde, me retiro a casa, ceno y me acues

to." Matilde, su hermana vivía una vida completamente distinta a ésta. Se levantaba temprano, no salía, y se dedicaba a -- su costura, la cocina, su hija y a su marido.

En El Periquillo hay muy pocas descripciones de la vida de la sociedad por tratarse como se trata del lado peor de la vida mexicana de esa época mientras que en La Quijotita se dan varias fiestas como ésta en la ocasión de una boda en la casa de doña Jacobita. "La sala estaba completamente iluminada y surtida de señores y señoritas jóvenes, sin faltar algunos viejos y viejas, de aquéllos que no se cansan de divertirse en toda la vida, o -- que van a estas 'frascas' sólo por comer de balde. Los ojos se les iban hacia las mesas del refresco que se dejaban ver en uno de los cuartos inmediatos; pero aún no era llegada la hora del comtate, y así se contentaban los más golosos con lamerse los -- bigotes, como el gato cuando ve el jamón que no puede atrapar -- entre las uñas.... Concluido lo principal de la función y pasados los abrazos y parabienes que en tales ocasiones se prodigan, entramos con los novios, padrinos, convidados y entremetidos a la sala del refresco.... Muchos, haciéndose corrientes, no sólo comían o devoraban cuanto podían, sino que llenaban las bolsas y pañuelos de lo más exquisito, sin perdonar las botellitas de licor." Después de la cena hubo baile en que Pomposita bailó -- no solamente boleras y minués sino el vals, cosa que Pudenciana rehusó hacer porque su padre no se lo permitía.

En la misma novela van al coliseo a ver una pieza teatral, y eso solamente porque era la Misantropía la que iban a presen-

tar, nos da un sermón el coronel contra las comedias "mágicas," como las llama él, que eran tan gratas al vulgo. Dice que a -- esas comedias iban tantas mujeres que los hombres no cabían en la cazuela. A Pudenciana le gustó mucho esta pieza por la lección moral pero le desagradó que los espectadores platicaran -- tanto que era imposible oír la veces.

Otra fiesta de las que dieron cuando Pomposita todavía no se había ido por mal camino fué con motivo de la muerte de una perrita suya cuando hicieron unas exequias completas con su oración fúnebre. Después de estas honras "se siguió el refresco, -- como en todo pésame, porque ya se sabe que los duelos con pan -- son menos." Acabado el refresco, comenzó el baile que duró hasta las tres de la mañana.

Muy distintas eran las fiestas que dieron Pomposita y su mamá después que las dejó el papá. En esas tertulias los invitados eran "léperos de casaquita y fraquesito que vivían a expensas de los que les invitaban." Llevaban las cucharas y tenedores, dejaban sus sombreros y paraguas viejos y se llevaban -- los mejores que encontraban en la fiesta. "Todos a su vez bailaban, cantaban y brincaban, comían y bebían sin tino y sin tasa, antes de la merienda, en la merienda y después de la merienda." Después pusieron un "montesito" y como los invitados eran tan buenos fulleros como los del Feriquillo la mamá de Pomposita perdió lo poquito que le quedaba, después de gastar en la -- fiesta.

En La Quijotita Lizardi emprende la batalla en contra de -

todos los abusos de que se hallan las mujeres, o víctimas o -- culpables. Ataca la costumbre de llevar corsés, de vestirse con traje escotado y de seguir la moda servilmente. Nos da un sermón en contra de esos jóvenes que enamoran a una muchacha -- seduciéndola con muchas promesas, juramentos y atenciones. Dice que después de rendirla, la dejan y hablan mal de ella en los -- paseos, tertulias y billares. Como esta misma suerte le cupo a Pomposita por sus costumbres demasiado libres en el trato con -- los hombres que frecuentaban su casa, nos ofrece el autor un -- cuadro de las costumbres libertinas de los jóvenes sin princi -- pios de esa época.

CAPITULO IV

LOS TIPOS HUMANOS

Fernández de Lizardi y su obra.- Las clases sociales, las castas y los tipos humanos en la obra de Riva Palacio.- Las clases sociales y los tipos humanos en la obra de Lizardi,

José Joaquín Fernández de Lizardi, espíritu rebelde y reformador, luchador tenaz por el bien de su patria, hombre desinteresado de honradez probada y gran periodista, fué el iniciador de la novela en México. Fué novelista porque le era imposible llevar sus ideas ante el público, del modo que hubiera querido por la falta de la libertad de prensa. Quizás haya empleado la novela como arma de propaganda por considerarla como más tarde la habían de juzgar Ignacio Altamirano (12) y Francisco Sosa (13) "la mejor manera de adoctrinar a las masas."

Lo que le interesaba a nuestro "Pensador" era enseñar a sus compatriotas por medio de ejemplos malos y buenos, el camino que debieran llevarse para llegar a verse libres, no sólo de España, sino de las actitudes e ideas supersticiosas o equivocadas que los tenían encadenados al pasado. No era irreligioso sino que quería arrancar del árbol de la religión los crecimientos parásitos que le chupaban la vida,

Usaba la novela como trampolín desde dónde lanzar sus teorías sobre temas tan variados y vitales como la manera de mejorar la educación que se daba en los hogares y en las escuelas.

las; el modo de acabar con las supersticiones tan arraigadas -- en todas las clases sociales; la manera de extirpar los vicios -- a que el mestizaje era propenso y la de terminar los abusos e -- injusticias del gobierno de México.

Este "Apóstol de nuevas ideas" como lo llama González O -- bregón (14) fué el primero en la literatura mexicana en romper el molde neo-clásico; de él dice González Peña (15) que "substi -- tuyó a las decoraciones de trapo de los poemas pastoriles, los -- cuadros de la vida miserable y ruda del México colonial."

Lizardi ha sido el blanco de los dardos de la crítica, -- por su estilo burdo, por el exceso del prosaísmo, por su realis -- mo grosero y sucio, por su falta de armonía en la construcción -- y sobre todo por sus sermones y discursos morales. Agustín Yá -- ñez (16) refuta todas las acusaciones en contra del Pensador y -- prueba que esta rebeldía de Lizardi en romper con las reglas ar -- tificiales y extraños al genio hispano que imperaban entonces -- para las composiciones literarias, era el primer paso en impri -- mir el sello inconfundible de la mexicanidad a la literatura de -- este país. En mi opinión, este rompimiento con los modelos tra -- dicionales de la colonia constituye el primer grito del espíri -- tu nacionalista de un pueblo naciente. Grito al cual la litera -- tura mexicana debe su vida.

Azuola (2) objeta que Lizardi "presupone un público lee -- tor de inteligencia rudimentaria, ignorancia supina e ingenui -- dad infantil." Si el cuadro de la educación que nos presenta -- el Pensador es verídico, por lo menos queda establecida la exis

tencia de la ignorancia e ingenuidad de los lectores a quienes se dirigía según él mismo aclara.

Urbina (6) se queja de su "estilo llano hasta la chabacanería y exacto hasta la grosería" pero agrega que "el lenguaje del pueblo está trasladado allí con fidelidad, con verdad, pero sin arte, sin artificio alguno, sin gusto." Yáñez (16) demuestra con mucha habilidad que el "mal gusto" del cual le acusa no lo era en efecto, sino una presentación fotográfica de "la realidad en toda su desnudez." Ningún crítico ha podido encontrar las más mínimas huellas de un elemento pornográfico en sus descripciones exactas de situaciones asquerosas pero naturales.

En esa naturalidad estriba la excelencia de sus obras; porque es la misma naturalidad con que se hablaba de todo lo fisiológico en la Edad Media, una naturalidad sin malicia y sin lujuria. En la obra de Lizardi, precursor de los novelistas de la escuela realista del siglo XIX, sus personajes no se revuelcan en el fango como lo habían de hacer los protagonistas de las novelas de éstos,

Los críticos son casi unánimes en la condenación de sus faltas de estilo, sus digresiones morales, su lenguaje corriente, pero, y todos terminan poniendo ese "pero", no pueden menos que admitir la sinceridad del reformador evangelista, el valor civil y el coraje del patriota, la obstinación del fanático en una causa que considera justa, y los altos principios morales que le inspiraban a luchar para abrir nuevos horizontes para México.

Por eso se le perdonan los sermones, ejemplos de una tendencia moralizante que Yáñez (16) encuentra característica del alma hispano-mexicana. Para Lizardi, la trama de la novela era el medio que usó para sacar la moraleja; trataba de enseñar a la gente divirtiéndola. El único propósito del autor era el de señalar el camino al mejoramiento de la sociedad mexicana; y todas las vicisitudes de la vida del Periquillo, de Don Castrín o de Pomposita no tenían otra "razón de ser" que ayudarlo en este propósito.

La obra novelística de Lizardi dió el primer aliento a la tendencia desarrollada después durante todo el siglo XIX de que habla Urbina (6). Dice "Esta tendencia... tiene por origen la necesidad de hablar al pueblo en su lengua y con su espíritu - de cosas que necesariamente debía él comprender y saber, para animarlo a entrar como primer factor en la lucha por la libertad." Para Urbina "El Pensador Mexicano personifica este impulso a reproducir fielmente nuestro medio físico, moral y social."

El Periquillo Sarniento, el más famoso de sus escritos -- por la aclamación de todos, representa la fe que Lizardi tenía en la bondad innata del hombre y su creencia en la habilidad -- del hombre de salvarse si llega a ver el error de su conducta y a reconocer la dignidad del trabajo. En esta novela como en las otras tres de este autor, hallamos los reflejos de sus --- ideas progresistas, hijos de sus lecturas de los Enciclopedistas franceses y de su fe absoluta en los dogmas de su religión,

una fe producto del hondo catolicismo y misticismo propios de su raza y de su época.

El autor contrasta la muerte cristiana de Periquillo y la de su amigo Januario que muere ahorcado por sus crímenes, para mostrar que de dos personas, dadas la misma educación y las mismas oportunidades, una puede terminar bien como lo hizo Periquillo a pesar de su vida de pícaro, y la otra puede perderse, como le sucedió a Januario. Todo consiste en que llegan a arrepentirse y a volver a una vida honrada y a la realización del valor del trabajo. Sus vidas ilustran uno de los dogmas de la filosofía híbrida de Lizardi, el buen o mal uso del libre albedrío.

Don Catrín de la Fachenda, protagonista de la novela del mismo nombre, "caballero, ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta, y héroe por todos sus cuatro costados" como lo describe el autor en tono de burla, es el ejemplo sin par de un hombre que se pierde por su propia voluntad. El estilo de esta novela difiere bastante del usado en sus otras novelas. Los episodios de una vida tan pícaro como la de Periquillo van sucediéndose rápidamente a pesar de las digresiones morales y las páginas tomadas de L'Ecole des Moeurs del abate M. Blanchard, obra traducida al español por Ignacio García Malo.

El siguiente episodio me parece típico del don del autor para desarrollar en un párrafo lo que sería capítulo en otro autor. Después de salir del hospital dice: "Hallé un monigote alquilón que se compadeció de mí, y me llevó a su casa. Allí es-

tuve algunos días, tenía una hermana bonita, me gustó la enamoré, condescendió, fuimos amigos, el monigote lo supo, nos espió, nos cogió, y me dió tal tarea de trancazos que volví a visitar el hospital." Su vida es una sucesión de aventuras, el mayor número de ellas peores que la citada. Después de su encarcelamiento en el Morro de la Habana donde pierde toda clase de vergüenza, pasa la vida en los cafés, los billares o las -- pulquerías hasta perder la pierna en una rifa. Entonces se ha ce mendigo e irónicamente es la única ocasión en su vida cuando puede mantener a una muchacha; y aún esta muy relativa felicidad acaba, cuando Marcelo se da cuenta de la gravedad de su enfermedad. Lo manda al hospital a morir, lo que hace sin arrepentirse y echando bravatas el practicante termina el --- cuento con estas palabras: "Que el que como Catrín pasa la vida, también como Catrín tiene la muerte."

La Quijotita y su Frima, novela didáctica inspirada en -- Rousseau, es, más que novela, un tratado sobre los defectos de la educación que se daba a las mujeres en la época de Lizardi. Emplea el contraste entre las vidas de dos primas, la una, Pudenciana, de padres sensatos que le dan una educación excelente, la otra, Pomposita, de padres frívolos pero bien intencionados, que no le ayudan a desarrollar los dotes intelectuales que posee. La vida de Pudenciana resulta muy feliz en premio a su virtud; y la de Pomposita termina en tragedia, debido a su vanidad y orgullo.

A esta novela en que se ve claramente la intención pedagógica

gica y ética del autor, González Peña (15) la ha llamado "el más abominable sermón de que las letras nacionales tienen memoria." Efectivamente, el coronel, padre de Pudenciana, que llena el papel de predicador en la novela, tiene manía para sacar moraleja del suceso más insignificante; pero con todo y lo aburrido que es el buen señor, el libro no carece de interés y sentinos las desgracias de la Quijotita. Jefferson Rea Spell (17) cree que Lizardi "se vale del Razgo dominante en la creación de caracteres: de la pereza en Periquillo; del orgullo de familia en Don Catrín; del deseo de la ostentación en la Quijotita." Considera que hay poco desarrollo de caracteres. Dice que "Los personajes inmORAles son más naturales que los morales."

Casi toda la crítica de su obra Noches Tristes y Día Alegre ha sido adversa; a veces porque la novela es una imitación de las Noches Lúgubres de José Cadalso; otras veces por lo rebuscado del lenguaje y la falta de la cualidad que caracteriza las otras novelas de Lizardi, su mexicanidad. Urbina (6) dice que Fernández de Lizardi "cunajó sus Noches Tristes de exclamaciones, de interjecciones y deprecaciones, que a través de los años, nos suenan ahora a vacío." Yáñez encuentra que no hay tal imitación porque el autor mexicano no ha pintado escenas del pesimismo sin fe que se encuentra en la obra de Cadalso sino que ha dado a su novela la confianza cristiana en la victoria de la virtud y la bondad de Dios. En el libro de Lizardi no hay desenlace trágico como en la obra de Cadalso, porque des

pués de las tribulaciones de Teófilo y Dorotea tienen un Día Alegre cuando hacen felices a todos los que los han ayudado. -

La obra de Lizardi, padezca de los defectos que padezca, - tiene un valor que no es tan sólo histórico, como algunos crí- ticos han dicho: significa el primer paso a la libertad.

El México del siglo XVII que nos presenta Riva Palacio es una ciudad de grandes diferencias en el modo de vivir de las - distintas clases sociales tan separadas entonces. Menciona en Memorias de un Impostor la imposibilidad de un matrimonio en - tre Felipe y doña Inés porque "existía un muro inexpugnable -- por las diversas clases de la sociedad a la que ambos pertene- cían." No menos marcadas estaban las castas en esos días, --- cuando, en las palabras de Jiménez Rueda (4) "la fusión de to- das las razas que iban formando el mestizaje no se había reali- zado en toda su amplitud para poder exhibir un tipo ya dife -- renciado del español y del indio que mereciera los honores de- ser considerado, intrínsecamente, mexicano."

Las ramificaciones de las razas primitivas que nos da a - conocer el mismo autor en Las Dos Emparedadas no están comple- tamente de acuerdo con los nombres dados por Marroquí (9) quien dice que las castas "fueron tantas que ni la imaginación tal - vez podría abarcarlas; no obstante se hizo una manera de clasi- ficación, cuyos nombres designaban las diversas combinaciones- de las mezclas y sus diversos grados." Marroquí (9) explica - que se usaban tres libros parroquiales distintos para los in - dios, los españoles y las veintidós castas. Algunos de los --

nombres de las castas son muy pintorescos como, por ejemplo, el salta atrás, el tente-en-el-aire o el ahí te estás.

Ireneo Paz en Doña Marina habla amargamente del estado de esclavitud en que casi todos los indios quedaban después de la conquista. Cuenta como Cuauhtlizin, el hermano de Isabel, debía haber acudido a marcarse con la "enseña de la esclavitud." Toca el mismo punto Riva Palacio en Martín Garatuza cuando cita que "Entonces se negaba que los indios fuesen hombres que tuviesen alma racional; tratados como bestias por los encomenderos--morían en medio de las más rudas fatigas y nadie cuidaba siquiera de enterrar los cadáveres." Agrega el autor que fué el clero el que tomó la defensa de los indios e hicieron llegar sus quejas a los Reyes de España.

En Monja y Casada, Virgen y Mártir explica el mismo novelista el desprecio con que se miraban los esclavos negros. "Entonces un negro, un esclavo, no era un hombre y una dama no tenía que temer nunca por su reputación, aun cuando aquel negro pasase la noche en el mismo aposento. ¡Tanta era la distancia en que los colocaba el color, que ni la misma calumnia se atrevía a acercarlos!" El Marqués de Gelves, Virrey durante la época en que toma lugar la acción del libro citado, dictó severas providencias contra los negros libres, porque eran muy inquietos y daban constantes escándalos y le hacían temer una sublevación.

Además de la preocupación por las razas negra e india, había otro prejuicio que más tarde empujó a un grupo a la revolu-

ción. Los peninsulares que vivían en Nueva España sentían mucho desprecio por el criollo y como era natural que éstos se creyeran con más derechos que los que no nacieron en el país siempre andaban en conspiraciones o si no conspiraban, las autoridades siempre temían que lo hicieran.

Los tipos que románticamente atraviesan las páginas de las novelas de Riva Palacio no son tipos humanos, sino muñecos-vestidos de trajes típicos de la época, que se mueven en un escenario, frente a una cortina donde está pintada una reproducción de la ciudad de México, absolutamente fiel en los detalles de edificios, calles y lugares. Pasean ante nuestros ojos las damas con sus pequeños pies "prisioneros en unos borceguíes de piel, bordados de oro" o "calzados con zapatos de tafilete negro, con clavos y tacones de plata." El autor no se cansa de describir los tocados fantásticos que se usaban. Uno era "una montaña de rizos, todo un jardín, todas las joyas de la corona de España, y entre todo esto, cintas de seda de colores con admirable confusión." Describe a otra joven "no muy bella, elevada de estatura con cuello delgado, alrededor del cual se ostentaba una gran golilla, digna de un alcalde de casa y corte, y por su tocado verdaderamente admirable, porque en aquella cabeza había flores y cintas, encajes y joyas, y todo cuanto pueden inventar las mujeres; y el pelo formando montañas más que rizos, se levantaba sobre la frente como un mar embravecido."

Por el escenario pasan las mujeres españolas pobres con sus "sencillos trajes azules con tocas negras o blancas.;" las-

beatas, algunas con sus hábitos azules, sus grandes rosarios y sus escudos, otras de San Francisco, con hábitos "de una burda, cubierta la cabeza con una especie de toca de estameña negra." Comenta el autor, que doña Catalina de Martín Garatuza "a pesar de que entonces los trajes de las señoras les cubrían generalmente hasta el cuello, por hacer ostentación de sus bellas formas, llevaba un vestido escotado, y casi flotante sobre los hombros, y sus mangas enteramente abiertas, colgaban a los lados.... había adoptado aquel traje casi de fantasía, que sólo llevaban entonces las mulatas y las mujeres de costumbres perdidas," Pasan otras damas vestidas de terciopelo negro y con gran cantidad de brillantes en los dedos; y otras como Escudilla, personaje en Memorias de un Impostor, tipo de mujer perdida de buen fondo; tipo muy común según Riva Palacio que dice, "México en aquellos tiempos era una de las ciudades en que la prostitución era más escandalosa."

Vemos a la Zurda, dueña de una casa que frecuentaba Martín Garatuza, era "una vieja que acostumbraba tener muchas sobrinas, siempre bonitas; debía aquella vieja haber tenido muchos hermanos y primos de distintas razas, según lo poco que las niñas se asemejaban entre sí, generalmente eran mulatas, pocas indias y algunas más mestizas." Según este autor el número de esas mujeres perdidas se aumentaba con las negras o mulatas que los hombres más notables compraban y emancipaban para tenerlas un tiempo y después abandonarlas.

A los cuadros lujosos de las mujeres de la sociedad que -

nos pinta Riva Palacio hay que agregar toda una galería de tipos masculinos: galanes vestidos de "grugüescos y ropilla de terciopelo negro, con acuchillados de seda rojos; una capa corta, también de terciopelo, y un sencillo talabarte, bordado de plata, un estoque con la empuñadura de acero y plata, primorosamente trabajada." Describe a otro galán de moda, así: "nadie llevaba con más despejo el ferruelo, el ancho sombrero con grandes plumas, y la rica espada con empuñadura de oro y piedras preciosas." Vemos a los oidores vestidos de "ropilla negra de terciopelo con gregüescos y calzas del mismo color, un sombrero negro al estilo de Felipe II, y ferruelo también negro, larga espada de ancha taza, una daga de gancho, pendientes de un talabarte negro ceñido con una brillante hebilla de oro.

Al virrey, el Marqués de Gelves, y según el autor, "la figura más notable entre los virreyes después del conde de Revilla Gigedo," lo vemos salir por las noches a rondar la ciudad, embozado para que no le reconociera nadie. Sin embargo, cuenta que "bajo su negro ferruelo se percibía el brillo de la coraza y de la gola y la ancha taza de la empuñadura de su espada," "Cubría su cabeza una especie de capacete de acero, y sus calzas de cuero y sus brillantes espuelas de oro, indicaban que estaba dispuesto a montar a caballo en el momento que lo creyese necesario."

Cruzan también los rufianes y la gente del hampa, los mendigos y estudiantes perdularios, brujas y brujos, víctimas del Santo Oficio en sus cucuruchos y sambenitos, clérigos, frai

les y arzobispos. No llegamos a conocerlos porque pasan como sombras por el escenario de estas novelas, en las cuales Riva-Palacio pinta como dice Antonio Castro Leal (19) "aunque sin profundidad ni riqueza psicológica- algunos aspectos de la vida colonial,"

Fernández de Lizardi nos presenta un cuadro distinto, -- no nada más porque ya es otra época, sino porque nos revela la vida de la gente de las clases mediana y baja con todos sus defectos y vicios, sus gustos y sinsabores y sus costumbres. En tres de sus novelas: El Periquillo Sarniento, La Quijotita y su Prima y Don Catrín de la Fachenda hallamos los padres consentidores que echan a perder las vidas de sus hijos por la falta de disciplina en su educación. A Periquillo y a Pomposita les pusieron chichiguas y sobre estas mujeres nos habla Periquillo: "la que no era borracha, era golosa, o estaba gálica; la que no tenía este mal, tenía otro; y la que estaba sana, de repente resultaba en cinta, y esto era por lo que toca a las enfermedades del cuerpo; que por lo que toca a las del espíritu, rara sería la que estaría aliviada,"

Los primeros años de estos dos personajes siguieron el mismo camino- muchos cuidados de cumplir todos sus deseos y -- ningún cuidado de enseñarles a pensar en otros. El Periquillo tuvo tres maestros de escuela: el primero un pobre ignorante que se había metido de maestro porque no sabía qué hacer para ganar algo; el segundo era muy distinto, era "alto, seco, entrecano, bastante bilioso e hipocondríaco, hombre de bien a to

da prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las deslucía su genio tétrico y duro. Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenía muy pocos discípulos, y a cada uno lo consideraba como el único objeto de su instituto.... Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se había desterrado la risa para -- siempre era de aquellos que llevan como infalible el cruel y vulgar axioma de que 'la letra con sangre entra'." El tercer maestro era el tipo de maestro ideal, dulce y amable con los niños; que los enseñaba a leer, escribir y contar sin necesidad de apelar a la palmeta, las orejas de burro y todos los -- instrumentos que se usaban entonces para disciplinar a los --- alumnos.

Periquillo y Don Catrín pasaron sus estudios de gramática con el mismo aprovechamiento; éste, porque era "muy indecente" para un noble como él, ser instruido; aquél, por ser "el mejor 'pandorguista' de todo el colegio." Los dos entraron -- a estudiar la filosofía pero Catrín no quería seguir estudiando después de recibir su grado de bachiller y escogió la carrera militar porque "en ella se trabaja poco y se pasea mucho."

Entre los cadetes compañeros de Catrín encontramos tipos como su amigo don Precioso que se pintaba las mejillas, don -- Taravilla, " hablador como él sólo y catrín completo. En media hora hizo pedazos el honor de diez doncellas conocidas, -- destrozó el crédito de seis casadas, echó por tierra la buenaopihión de veinte comerciantes, y trilló la fama de cuatro gra

ves religiosos, nada menos que prelados.", y don Tremendo, oficial del regimiento, que creía que todos a él lo debían respetar, pero él a ninguno. Entre los cadetes había unos, como -- don Modesto, don Prudencio, don Constante y don Moderato que -- Catrín no quería tener como amigos, porque no llevaban la misma vida perdida que los otros. Como buen militar se dedicó a -- "ser marcial, a divertirse con las hembras y los naipes, y a -- no dejarse sobajar de nadie."

Periquillo, antes de escoger carrera, fué a una hacienda a divertirse y allí encontró a su buen amigo, Januario, que había de llevarlo por tan malos caminos después. Había sido su condiscípulo e íntimo amigo desde la primera escuela y desde -- entonces se había dedicado a enseñarle sus malas mañas, publicar sus prendas y su sobrenombre de Periquillo Sarmiento,

Pasan por las páginas de Lizardi muchos curas sabios y -- virtuosos como el tío de don Catrín que era tan generoso con -- sus feligreses o el de Tula, el enemigo de Periquillo. Otro -- cura ejemplar es el de Noches Tristes y Día Alegre, que ayudó tanto a Dorotea y a Teófilo. En cambio hay otros como el amigo de Periquillo, Martín Pelayo que estudiaba para "padre" y era "jugadorcillo más que Birján, enamorado más que Cupido, más -- bailarador que Batilo, más tonto que yo, y más zángano que el -- mayor de la mejor colmena." El cura de Tixtla donde fué Periquillo de escribiente del subdelegado "era muy enérgico en el púlpito, puntual en su ministerio, dulce en su conversación, -- afable en su trato, obsequioso en su casa, modesto en la calle

y hubiera sido un párroco excelente, si no se hubiera conocido la moneda en el mundo."

Lizardi describe a los catrines en Don Catrín de la Fachenda y en El Periquillo Sarmiento; dice que "el catrín es -- una paradoja indefinible: porque es caballero sin honor; rico sin renta; pobre sin hambre; enamorado sin dama; valiente sin enemigo; sabio sin libros; cristiano sin religión; tuno a toda prueba." El catrín era un tipo de hombre del tiempo del Pensador que a pesar de su pobreza, hacía gala de vestirse muy bien aunque tuviera que estafar a algún amigo para comer. Se conocían también por currutacos, petimetres y lechuguinos. Tocando este punto le dice a Periquillo su amigo Januarío: "¿Que -- te parece que todos los guapos o currutacos que ves en el público tienen cama o comen bien? No, hijo; muchos andan como nosotros; todo se vuelve apariencia, y en lo interior pasan -- sus miserias bien crueles."

Por las aventuras de Periquillo llegamos a conocer a los fulleros, cócoras del juego y a la gente baja que dormía en -- los arrastraderitos donde dormía Periquillo. En la cárcel se encuentra con todas las clases sociales menos la clase rica -- porque con dinero no estaba uno en la cárcel.

El escribano Chanfaina que lo sacó de la cárcel era el -- tipo de escribano que no se detenía en "otorgar una escritura sin instrumentales, en recibir unos testigos falsos a sabiendas, en dar una certificación de lo que no había visto, y en otras ilegalidades semejantes.... Todo lo hacía con la mayor frescu-

ra, y atropellaba con cuantas leyes, cédulas y reales órdenes - se le ponían por delante, siempre que entre ellas y sus trapazas mediara algún ratero interés; y digo ratero, porque era un hombre tan venal que por una o dos onzas, y a veces por menos, hacía las mayores picardías."

En la vida de Andrés, el aprendiz del barbero y ayudante del Periquillo, nos pinta la vida dura de los aprendices que pasan los años con sus maestros sin aprender nada porque sólo les sirven de criados. Por las aventuras del Periquillo nos enteramos de que los barberos de entonces también servían de dentistas y medio-médicos. Pasa Periquillo a ser ayudante de boticario y de allí a servir al Doctor Purgante. Este doctor - de quien Periquillo aprendió a recetar según el pago, a dis -- paratar en latín cuando no sabía de qué se trataba y a curar - con purgantes a todos los enfermos, es el tipo de médico ignorante y pedante a quien no le importa más que el dinero.

Lizardi nos muestra ejemplos de hombres venales en todas las profesiones y oficios. Los únicos tipos honrados son los payos o campesinos, o la familia del coronel en La Quijotita, - el payo y el padre de Periquillo en la novela del mismo nombre y casi todos los personajes de Noches Tristes y Día Alegre.

La Quijotita representa el tipo de muchacha orgullosa, - no tonta pero mal educada, frívola y vanidosa, egoísta y libertina que siempre termina mal. Su prima Pudenciana es el tipo de muchacha sensata, inteligente y recatada que recibe la felicidad que merece por su conducta. Como tipo es mucho más --

simpática la desgraciada Quijotita que la siempre correcta Pudenciana.

Hay cierta crueldad en la delineación de tipos en Lizardi. No los perdona nada; señala hasta el último detalle de sus vicios y defectos físicos. Parece que tampoco se duele de sus miserias; los presenta en toda su bajeza y mezquindad sin piedad.

CAPITULO V

LA CIUDAD DE MEXICO EN EL SIGLO XIX

Manuel Payno.- Juan A. Mateos.- La Plaza Mayor.- Las Calles y los canales.- Los edificios públicos, las iglesias y los conventos.- Las casas.- Los mercados.- Los barrios.

Manuel Payno, novelista de folletín y narrador de aventuras, es el autor que nos ha presentado el mejor cuadro de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX. En su novela El Hombre de la Situación, que Jiménez Rueda (4) ha juzgado "de calidad superior", nos muestra la ciudad en los últimos años del virreinato y los primeros de la Independencia, vista por los ojos de un joven español que vino aquí a hacer su fortuna. En el Fistol del Diablo y Los Bandidos de Río Frío el autor relata unas series de episodios reminiscentes de las primeras producciones del cinema, de aventuras fantásticas, crímenes espeluznantes y un cuadro de la ciudad que es todo un archivo de las costumbres, los tipos y los personajes de la época de Santa Anna.

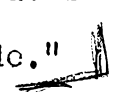
Según Jiménez Rueda (21) "Teje sus fábulas con interés, pero descuidadamente. No le preocupa el estilo, sino la narración." Sin embargo el mismo crítico (4) califica a El Fistol del Diablo y Los Bandidos de Río Frío de "narraciones esencialmente mexicanas, retrato fiel y humorístico de la sociedad y de la gente del campo."

Gamboa (7) lo compara con Inclón, autor de Astucia, quien

hizo por el campo lo que Payno por la ciudad de México. Dice: --
"Por sus páginas congestionadas de colorido y de la maravillosa-
luz de nuestro sol indígena, palpita la vida nuestra, nuestras -
cosas y nuestra gente."

Azucla (2) cree que "Nadie ha presentado un panorama tan-
vasto, tan variado, tan verídico y tan vital" y agrega que el --
autor "de imaginación fértil y fogosa, supo inventar episodios a
granel, explotarlos con habilidad, si bien de acuerdo con el --
gusto que privaba en los lectores de sus días, y tomando como mo-
delos a los novelistas populacheros de entonces."

González Peña (1) considera que Payno se asemeja a Fernán-
dez de Lizardi como pintor de tipos y costumbres y también "por-
la falta de sentido artístico y la negligencia del estilo." Di-
ce Jiménez Rueda (3) que "Payno no puso especial empeño al es-
cribir sus Bandidos de Río Frío. Deja correr la pluma tranqui-
lamente sin preocuparse por primores de estilo que nunca se en-
contrarán en sus páginas. Pero la naturalidad misma con que es-
cribe es uno de sus mayores encantos."

A pesar de todos los defectos de su obra, es inestimable
para el que quiera conocer la Ciudad de México en el siglo XIX.
Azucla (2) nos asegura que "alcanzó el éxito más resonante; fué
reconocida por los hombres de letras de su tiempo y sigue ocu-
pando en la historia de la literatura mexicana el lugar que jus-
tamente le corresponde." 

Juan A. Mateos, "escritor prolijo y sin estilo", según --
González Peña (1) tiene, en la opinión de Riva Palacio (20), --

"el gran mérito de haber intentado crear la escena nacional." Dice que "no pocas veces, datos que en publicaciones serias relativas a la historia del país no pueden encontrarse, se hallan en algunas de las novelas de Mateos." Encuentra que "ha encontrado la manera de referir los acontecimientos públicos más notables, enlazándolos con la ficción del argumento fácil y natural."

Allamirano (12) hace una apología por todas sus fallas de estilo y de construcción y dice que "no fué su intención dirigirse a los pensadores que recogen datos para escribir la historia del mundo, sino dirigirse a las masas del pueblo para coordinar sus recuerdos y sus indagaciones. De modo que su obra no tiene pretensiones de ninguna clase, es una lectura popular y nada más."

Según Monterde (5) "tuvo el acierto de enfocar bien; de elegir con tino, época, asunto y personajes. Tienen sus obras, además, el valor de ser, en gran parte, relatos de un testigo de los acontecimientos por lo que se refiere a los del Imperio y la Reforma." Le perdona sus defectos por ser "los de entonces: prolijidad, falta de proporción, de agilidad en el estilo."

Urbina (6) menciona "su escasa cultura" pero agrega que poseía "inteligencia extraordinaria." Jiménez Rueda (3) lo llama "continuador del romanticismo en nuestra literatura" y dice que como Dumas "prefiere entrar a saco en la historia para convertirla en novela."

En toda su obra se manifiesta el más exaltado patriotis -

no junto con un deseo ardiente de hacer al pueblo mexicano orgulloso de las glorias de su patria. Con todos los defectos de que indudablemente adolece su obra, tuvo mucho éxito, se vendió bien y se lee aún.

Como las novelas de Mateos tienen para fondo distintos -- episodios de la historia nacional, no hay ninguna que trate extensamente de la ciudad de México. Cuando la acción se desarrolla en la capital, el autor la presenta con detalles auténticos e históricos de la época tratada. En Sacerdote y Caudillo nos da, a veces, descripciones de la ciudad en los años inmediatamente anteriores al Grito de Dolores y en el primer año de la lucha. Al hablar del edificio de la Inquisición, describe la plaza de Santo Domingo y las calles adyacentes. En La Majestad Caída, una de sus últimas novelas, hay una descripción de la Plaza Mayor y el Palacio, con motivo de la noche del Centenario, primero de la Independencia Mexicana. Habla de "Las once-avenidas que desembocan en la Plaza de la Constitución, desbordándose en un mar de gente, que entre gritos de entusiasmo, vítores y música se agolpa, como un mar embravecido, y se encauza en la gran plaza, dando contra los árboles, derribando arbustos y estrujando los prados, va a esperar el toque de las once."

En El Fístel del Diablo, Payne nos da este cuadro de la ciudad en la mañana: "el azul de las montañas con que termina la vista de las hermosas y rectas calles de México, estaba limpio y brillante,... las calles estaban neojadas, el viento húmedo y penetrante; muchas de las casas cerradas y silenciosas: --

se veía una que otra anciana que salía de la puerta de su casa, o los criados y artesanos que envueltos en sus largos garapos, se dirigían a sus quehaceres. Se escuchaba el sonido de dos o tres campanas, que llamaban a misa y a este sonido pausado y religioso se unía sólo el mugido de las vacas, que se ordeñan todos los días en las plazas de la ciudad."

Payno nos lleva a la plaza a las nueve de la mañana para ver las paradas de las tropas y en la noche a escuchar la música y las bandas de los regimientos. Otras veces contemplanos desde las ventanas del Palacio o desde el Portal de las Flores, la vida bulliciosa de la ciudad. Nos paseamos por la Alameda con sus prados cubiertos de rosas y por el Paseo de Bucareli -- desde donde se descubren las calzadas bordadas de árboles, que conducen a los suburbios.

Describe el edificio de la Acordada en mucho detalle y -- nos platica que "en un costado hay una puerta con una reja queda entrada a una pieza en la que hay un banco de piedra, donde se colocan los cadáveres sangrientos y deformes de los que son asesinados en las riñas que frecuentemente hay en las tabernas de los barrios. Es una cosa singular observar en las tardes, -- como las lindas jóvenes que van en sus soberbios carruajes, se tapan los ojos o vuelven disimuladamente la vista para no ver -- aquellos cadáveres desnudos y sangrientos, que con tan poco respeto a la decencia, se exponen a la expectación en uno de los -- parajes más públicos de la capital." A este mismo lugar trajeron el cadáver de Tules de los Bandidos de Río Frío.

Dedica varias páginas de El Fístel del Diablo a una descripción del Palacio Nacional y nos lleva por todas partes de ese inmenso edificio y nos entera de todo lo que ocurre allí. Con la misma exactitud describe el Convento de la Concepción y la vida de las monjas. Con motivo de la fiesta de la Virgen de Guadalupe en Los Bandidos de Río Frío pinta la colegiata de Guadalupe y las festividades que allí se celebran.

Payne nos pinta los barrios de México en aquellos tiempos: "No hay en ellos, ni empedrados, ni aceras; inmundos albañales ocupan el centro de la calle; y por toda ella está esparcida la basura y la suciedad, lo cual hace que la atmósfera que allí se respira sea pesada, fétida, y por consecuencia, altamente perjudicial a la salud. Las casas presentan el mismo aspecto de abandono: unas son de adobe, otras de piedra volcánica, color de -- sangre, o de ceniza; pero todas sin aseo exterior."

El autor hace descripciones detalladas de los interiores de las casas de los ricos y los nobles y también de las casas de vecindad donde viven los pobres. Se deleita con las comidas succulentas que sirve la trajinera y con las de las pulquerías de los paseos. Explica el sistema de transporte de mercancías de Chalco hasta la ciudad y retrata las cercanías de lo que era entonces el puerto de San Lázaro.

El mejor cuadro de un hospital nos lo da Florencio M. del Castillo en su novela corta que se intitula Dos Horas en el Hospital de San Andrés. Lo representa triste y lúgubre por fuera y sucio y sombrío por dentro. Vamos por los corredores oscuros

hasta el segundo patio donde se encuentra el anfiteatro de suelo verde y resbaloso. Le acompañamos a Rafael a la sala donde reciben a las víctimas de los accidentes o riñas; y nos asombramos de la negligencia y brutalidad con que los tratan.

En Los Guerrilleros del Valle de México, una novela del tiempo de Maximiliano, escrita por Fernández de Cañedo, se encuentra esta descripción del centro de la ciudad: "Las aceras de la calle de Plateros, la más concurrida de la ciudad, se ven llenas de bote en bote por gente que va y que viene a la plaza del Empedradillo, donde la música de un regimiento de las fuerzas austriacas que acompañaron a Maximiliano, situado en medio del bosquecillo que engalana la ancha plaza, formado de naranjos, de plátanos, de cedros y de toda clase de flores, alegraba la velada con sus armonías. Entre las calles de piso de fina arena abiertas en este bosquecillo, y que los cedros como emparados abrigan de los rayos del sol y del relente de la noche, pasea, charla, ríe aspirando el perfumado ambiente, lo más escogido de la sociedad de México."

En Baile y Cochino Facundo describe la calle que conducía al famoso Paseo de Bucaroli: "La Avenida Juárez se había hundido ya en la sombra, y pavimento y edificios presentaban una gran masa negra, de donde se destacaban en hileras luces amarillas, como las lentejuelas de oro en un manto de terciopelo negro. -- Eran los faroles del gas que iban a perderse entre los árboles de la Calzada de la Reforma; y hormigueando como las partículas luminosas que corren en la ceniza de un papel quemado, pero co-

rriendo de dos en dos, unas lucecitas rojizas que se movían hermanadas, en una procesión interminable. Eran las linternas de los carruajes que volvían del pasco."

El mismo autor en Ensalada de Pollos nos retrata el embarcadero del canal de la Viga: "Arrástranse perezosamente en el feñgo más de veinte canoas planas, cada una de las cuales tiene en su proa un marinero de agua dulce, de raza indígena pura, y que de náutica y océanos saben tanto como de latín: aquellos pilotos medio desnudos, ofrecen en tumultuosa algarabía sus embarcaciones: unas, las que conoció Guatimotzin, sin la más ligera reforma, quiere decir, con toldos de carrizo y petates y sin asientos: y otras, con toldo de madera forrado de hoja de lata y con asientos."

Con motivo de la llegada de una familia de provincia en Los Fuereños, Facundo nos lleva por la ciudad mostrando el desaseo del Zócalo, la impropiedad de llamarlo Zócalo, las injusticias del gobierno y la vida inútil de los "lagartijos." En Gabriel el Cerrajero describe así los portales: "En México se va uno al Portal para buscar a un amigo o para no hacer nada o a un negocio. En el Portal brotan los negocios, es el paseo de los 'brujos', el centro de las noticias, el asilo de los desesperados, el mercado de objetos que se venden a media luz, la Puerta del Sol, la Lonja de la clase media, el pedestal de los retirados, de los cesantes, de los agentes, de los arbitristas, de los que viven lejos del centro, de los ociosos, de los que esperan, de los que venden, de los que van por noticias y de --

los que andan viendo qué hacen."

Emilio Rabasa describe una de las calles de México después de la lluvia en su novela El Cuarto Poder: "La calle del Puente de Monzón estaba de bote en bote, al grado de no dejar ver las banquetas sino en uno que otro punto cerca de las paredes.... aquello era un río encausado por los edificios de una y otra banda, pero río de agua sucia, espesa y pestilente, que exponía a la vista de todos los asquerosos intestinos de la ciudad. El español del tendajón de enfrente, metía y apretaba con premiosa actividad gruesa tabla entre los quiciales de la puerta, a manera de dique, para cerrar el paso al agua,... en varios zaguanes colocaban los mozos o los habitantes de pobre condición, tablas levantadas sobre ladrillos, para que los señores principales pudieran entrar a pie enjuto hasta la escalera. Los balcones estaban todos llenos de gente, como si se tratara del desfile de la columna de honor en fiesta nacional... contemplaban con regocijo y celebraban con risas los apuros de los inundados, al par que festejaban las groserías de los pilluelos apostados en gran número en las esquinas, quienes ya pasaban aprisa, con los calzones hasta la rodilla, para salpicar a un transeúnte tímido...."

"Los simones pasaban frecuentemente, sin hacer caso del transeúnte detenido que los llamaba con palmadas y voces, y que a lo más obtenía por respuesta una rociada encima. Lo cual era oro molido para los 'cargadores'.... pues al fin el transeúnte aceptaba sus robustas espaldas.... excitando la gro

tesca y ridícula figura que presentaba, cabalgando sobre el mozo a horcajadas, los silbidos de las esquinas y las festivas -- carcajadas de los balcones."

"Un mozo cae con su carga al cruzar la calle, saliendo -- ambos de allí hechos una sopa de lodo. Una vieja asoma por un zaguán inundado, mediante el sistema trabajosísimo de dos si -- llas que se adelantan una después de otra, y da con su cuerpo -- en el agua.... cuando está a tres varas del simón que le espe -- ra."

El mismo autor nos describe la plaza un domingo: "La gente iba y venía continuamente a esa hora, agregándose al movi -- miento común y corriente de la ciudad el de las mil personas -- que acudían a la Catedral o salían de las misas del Altar del -- Perdón. Hormigucaban por aquella parte los vendedores de dul -- ces y pastelillos, los vocadores de periódicos y los imperti -- nentes vendedores de bastones, peines y baratijas, que todo se -- lo meten a uno por la cara. Los gritos de todos ellos, los que daban otros de mayor categoría que tenían sus puestos juntos a -- las cadenas de la Catedral, voceando de hilo el inventario de -- sus mercancías, el ruido de los coches y el chillido de los pi -- tos de hule que cien muchachos desarrapados vendían, formaban -- el gran rumor de la plaza central de la ciudad, llenándola y -- difundiéndose por las calles adyacentes."

En Moneda Falsa, Rabasa presenta a Juan Quiñones y a Pe -- pe caminando de noche por el centro de la ciudad. "Nuestras -- pisadas tenían esa resonancia distinta que se oye desde lejos --

a media noche en las calles desiertas, y sólo de vez en cuando, al cruzar una bocacalle, oíamos a los lados los pasos de algún-trasnochador, o los del sereno que volvía a su punto, después - de recorrer la calle lenta y perezosamente. Del estrecho callejón de la Alcaicería salía un murmullo de voces, procedente del laberinto de callejones que había años atrás entre Tacuba y Plateros. Mujeres perdidas, de burda tela, y hombres aficionados, discurrían por aquellos vericuetos asquerosos que parecían los-intestinos de la elegante ciudad."

Salvador Quevedo y Zubieta publicó en París unas novelas-cortas intituladas Récits Mexicains escritas en francés. En estas novelitas pinta varios aspectos de la ciudad: La calle de Plateros a la hora de moda, el Café de Concordia, la Calzada de la Reforma y el Bosque de Chapultepec. El novelista describe la vida de la ciudad de México y la de Cuautla en estos cuentos que resultan ser muy mexicanos, a pesar de estar escritos en -- francés.

En la novelita El Primer Caso, de Federico Gamboa, tomada del libro Del Natural, nos describe de una manera burlona la galera de la cárcel del conservador Isaac: "La Galera misma, en -- que se encontraba mezclado a individuos degradados, de fisonomías patibularias, de antecedentes negros, la encontraba llena de una luz... que amortiguaba los contornos salientes de tanta deformidad y de tanta miseria. Fijóse después en una rata enorme que a lo largo del muro se pasaba extendida la cola y como meditando en un problema científico, y le tuvo miedo." En otra

del mismo libro Vendía Cerillos, se cuenta la vida de los muchachos sin hogar que dormían en "el parquecillo inglés de la catedral." "En ocasiones son despertados con brusquedad por el velador.... en otras, y son las más, el velador mismo se compadece, pasa con tristeza junto al grupo, pensando en sus hijos."

En Suprema Ley, del mismo autor, nos presenta una serie de cuadros de la vida de un pobre escribiente de juzgado, vemos -- el anfitrío en toda su repugnancia, las casas de préstamos, -- vistas de la ciudad desde Tacubaya, el panteón municipal, el -- paseo por el canal de la Viga y los patios de las casas de vecindad de la ciudad. En Metamorfosis hay una descripción de los barrios pobres: "las calles sucias, pestilentes, con muladares a su mitad, coronados por perros famélicos y miriadas de moscas enfurecidas, los jardines de los monesterosos que ostentan en lugar de flores, inmundicias, zapatos rotos y latas desfundadas.... En los vanos de las casucas, mujeres inmundas, horribles, sin nada femenino, espulgando a un batallón de chicos casi en cueros, ventrudos, flacos, de aspecto enfermizo. El barrio del hambre, el antihigiénico que la gran ciudad rechaza -- avergonzada y deja en sus afueras, para que no lo vean, para -- que nadie aclare que a pesar de sus palacios modernos, de sus paseos y monumentos, tiene esos chancros incurables y eternos."

En el mismo libro se ve la calle de San Francisco: "En las aceras, flujo y reflujo de gente que iba y venía, y en los bordes de ellas, alineados, una porción de masculinos riendo y

charlando a voces.... las tiendas, las cantinas, los cafés, iluminados, derramando chorros de luz en el empedrado, en donde se confundía y mezclaba con la vacilante y diminuta de los faroles de los coches y con la serena y casi lunar de los focos eléctricos, atravesados en las bocacalles, imitando enormes fresas de ópalo." Sigue el autor por toda la calle hasta llegar al arzo bispado, y de paso nos describe todo lo que encuentra.

En Santa nos presenta Gamboa a Chimalistac, entonces un -- pueblecito en las afueras de México. "Por todas partes aire puro, fragancias de las rosas que asoman por encima de las tapias, rumor de árboles y del agua que se despeña en las dos presas. -- En el día, zumbido de insectos, al sol; en la noche, luciérnagas... Detrás de la casita, una magueyera inmensa, de un verde monótono y sin matices; a los dos lados, hertas y jardines; al frente la propiedad del padre Guerra.... a unos cuantos pasos, la capilla, pequeñina, pobrísima.... Más allá, el cementerio, abierto y silencioso, en las fronteras de la plazuela, sombreada por añosos fresnos, la ribera del río; el puente de un solo tronco de árbol y.... el camino de pedruscos enormes.... que conduce al Pedregal.

CAPITULO VI

LA ADMINISTRACION PUBLICA EN EL SIGLO XIX

Fernando Orozco y Berra.- Juan Díaz Covarrubias.- Florencio M. del Castillo.- Emilio Rabasa.- El gobierno.- Los partidos.- La justicia.- Los servicios públicos,

Casi siempre se habla de la obra de Fernando Orozco y Berra, de Juan Díaz Covarrubias y de Florencio M. del Castillo, como representativa de la escuela romántica y sentimental en la literatura mexicana. Los tres murieron relativamente jóvenes antes de poder producir obras maduras. Orozco y Berra sólo produjo -- una novela: La Guerra de Treinta Años; novela autobiográfica llena de filosofía barata y las quejas contra el destino propias de una actitud adolescente. De los tres es el menos romántico porque hay elementos de realismo en sus episodios, especialmente en las escenas más íntimas. Sitúa la acción en Madrid y Burgos para despistar a sus amigos de México y Puebla, pero con seguridad no despistó a nadie porque una de las mujeres de quienes habla en su libro, mandó comprar casi toda la edición....

Juan Díaz Covarrubias, poeta y autor de novelas cortas, es romántico por los asuntos y por su estilo. Murió a los veintiún años, antes de poder cumplir la promesa que se revela en sus obras. Le preocupaban mucho las injusticias que sufría la clase media a manos de la "parodiaristocracia" como él llamaba a esa clase que juzgaba inútil. Para González Peña (1) su "manera socialista" muestra la influencia de Jorge Sand. El mismo críti-

co dice que "su prosa es flúida y anable sus impurezas compén-
sanse con espontaneidad y simplicidad. Dialoga ágilmente y sus
novelas tienen interés y emoción."

Florencio M. del Castillo es según González Peña (1) "ra-
biosa, insufriblemente" romántico. Jiménez Rueda (4) encuentra
en sus obras "un pesimismo extraño y desolador." Para mí, tiene
algo didáctico reminiscente de Fernández de Lizardi por la inge-
nuidad con que persigue el mismo fin. Encuentra en lo patológi-
co explicaciones para todas las manifestaciones del espíritu, --
sin embargo, su romanticismo se muestra en la abnegación y mis-
ticismo de sus personajes. Altamirano habla en los más altos --
términos de estos tres autores, pero dedica varias páginas a las
heroínas de Castillo y a él lo llama "el Balzac mexicano" con --
"visible exageración" comenta Jiménez Rueda (4). De todas sus -
novelas la que más me agradó fué Dos Horas en el Hospital de ---
San Andrés porque en ella no hay tanta sensibilidad enfermiza.

Emilio Rabasa, eminente sociólogo y jurisconsulto, en su -
juventud escribió, bajo el seudónimo de Sancho Polo, cuatro no -
velas, con el título de Novelas Mexicanas. Las cuatro forman --
una sola novela de cuatro subtítulos: La Bola, La Gran Ciencia,-
El Cuarto Poder y Moneda Falsa. González Peña (1) opina que Ra-
basa es el introductor del realismo en la novela mexicana. Pre-
senta sucesivamente en las cuatro, cuadros de costumbres y de la
vida, de una aldea, de una capital de provincia y de la capital-
de la República. Todos los críticos concurren en que su obra --
muestra el influjo de Pérez Galdós, tanto en los temas como en -

el estilo. Jiménez Rueda (3) comenta que "hay interés en la narración, gracia en la manera de decir, y sabor castizo en su prosa." Azuela (2) encuentra desconcertante la combinación del realismo "de buena ley del medio en que tiene lugar la acción y el romanticismo acentuado de los amores de Juanito y de Remedios." Insiste en que "el mérito indiscutible de estas novelas consiste en la autenticidad del medio que está descrito."

El autor de El Fistol del Diablo, Payno, también señala -- los abusos de los oficiales del gobierno y se queja del hecho de que después de tantos años de independencia no había todavía "ni constitución, ni gobierno sistemado y fijo en el país." Dice que todo se debe a la conspiración de los que por los motivos más -- frívolos conspiran a echar abajo un gobierno para poner otro que a los tres días es derrocado en su turno. En esta novela el autor lleva a sus personajes a través de las vicisitudes de los gobiernos que hubo entre 1821 hasta después de la invasión norteamericana de 1847. El odio que se sentía entre puros y polkos -- tiene un papel importante en este libro; y la ciudad de México y sus alrededores es el escenario de varias batallas.

En casi todas las novelas de esta época los autores hablan del abuso de la autoridad que los "alcaldes de barrio" llevaban a cabo. Parece que bastaba una orden de uno de estos alcaldes -- para encarcelar a cualquier persona. Nos pinta en El Fistol del Diablo la escena de la aprehensión de Celeste cuando la llevaban a la cárcel: "Como no queremos omitir ninguno de los pormenores que puedan contribuir a dar a estos cuadros todas las sombras --

y horror que tienen en la vida real y positiva, describiremos el orden de esta comitiva. En una escalera se colocó el cadáver del viejo insurgente, y a puñadas y cintarazos se obligó a dos de los curfiosos espectadores que lo cargaran; después iba el herido atado en una silla, envuelto en una frazada sucia, y con parte de los calzoncillos blancos, que estaban visibles, - cubiertos de fresca sangre: luego seguía la anciana enferma, - colocada en lo que vulgarmente se llama una parihuela, y cerrando esta procesión,... la muchacha. Al derredor se agrupaban los hombres y mujeres de la vecindad, y los que de la calle habían acudido al escándalo, y detrás iban multitud de muchachos desnudos, sucios, con grandes y enmarañadas cabezas que silbaban, hacían grotescas contorsiones y.... quienes podían pasar por los dignos bufones de esta justicia que con tanta barbarie se administra en México."

En Los Bandidos de Río Frío, Payno retrata la vida en el Hospicio de Pobres, dándonos a conocer las trampas que se usaban para salir aprovechados los directores de tales instituciones. Visitamos, también, las cárceles y nos muestra la corrupción de los jueces y de los abogados. Relata con buen humor - la vida de un periódico que primero tenía muchos suscritores - porque publicaba muchos artículos religiosos; pero un día apareció un artículo poniendo en duda lo milagroso de la aparición de la Virgen de Guadalupe y se borraron los tres mil curas entre sus suscritores. Entonces el periódico optó por apoyar a los masones para poder tener lectores; hasta que un día-

por descuido apareció una opinión en contra de los masones y -
perdió a estos como suscritores. Pidió ayuda a Hacienda, que-
después le fué retirada por una columna favorable al ministro-
de Guerra y por fin tuvo que dedicarse al sensacionalismo para
poder sostenerse.

La ciudad de México, en 1847, sirve de escenario de la -
novela Dolores Ocultos, en la cual Castillo la describe en los
días en que los norteamericanos invadían las calles y las fa -
milias que no habían podido irse de la ciudad tenían sus bal -
cones cerrados y en las calles no se veía la población mexica -
na por temor a los invasores.

Rabasa nos da el mejor cuadro del gobierno del país, ha -
cia el fin del siglo XIX, en sus cuatro novelitas ya citadas.-
En las dos últimas: El Cuarto Poder y Moneda Falsa, el escena -
rio es la ciudad de México y la política ya no es de provincia
sino de la nación. Muestra cómo es posible para un hombre que
no sabe ni escribir, llegar a ser Diputado; ataca la política-
que no solamente permite que éstos lleguen al poder, sino que
los ayuda a enriquecerse. Vemos cómo se nombran a los minis -
tros y la venalidad que existía en todos los ramos del gobier -
no de esa época.

En la novelita Ensalada de Pollos de Facundo, don Jaco -
bo Baca, "aburrido de buscar destino, y más aburrido de no ha -
llarlo, pensó en una cosa. Esta cosa la han pensado las nueve
décimas partes de los hombres útiles que hay en el país. 'Lan -
zarse a la revolución'." Preguntado por su compadre contra --

quien pensaba pelear, su contestación era "Pues contra cual --- quiera." Después de acerciorarse que el partido liberal era -- el que iba ganando, decidió que iría con ellos. Resultó coronel y con dones para la vida de revolucionario.

Donde Facundo habla más del gobierno no es en sus novelas sino en los tomos de La Linterna Mágica, que se llaman Vistazos y Artículos Ligeros sobre Asuntos Trascendentales. En estos -- artículos hace cargos al gobierno por la falta de asco, de luz- de honradez y de cuidado en la educación pública.

Gamboa nos muestra la ciudad vista por los ojos de Salva- dor, protagonista de Reconquista, que anda de noche por toda la ciudad buscando inspiración por un cuadro que piensa pintar. - Aún entonces se hablaba "de estos eléctricos que caminan según- les da la gana a los motoristas y conductores." Todavía la gen- te se escandalizaba de que una mujer trabajara en un comercio - como hombre. Conocemos a la Academia de San Carlos cuando a -- Salvador le dan la cátedra de Pintura. En Metamorfosis nos --- cuenta que aunque sea contrario a los bandos policiales, llevar las cortinillas de los coches echadas, casi siempre es indicio- de paseo de mujeres de mal vivir, con gente principal que no -- quiere exhibirse.... y los gendarmes del orden no exigen el es- tricto cumplimiento de la "pudibunda medida."

En Santa el autor nos lleva al Hospital Morelos, a San An- gel y a la plaza una noche del Grito; pero en general no vemos- más que la vida de la casa donde vive Santa. En una ocasión -- llegan a visitar la casa unos Agentes de Sanidad "el último pel

daño de la pringosa escala administrativa. Estriban sus atribuciones principales en perseguir la prostitución subrepticia y vigilar que las sacerdotizas de la prostitución reglamentada municipalmente, cumplan con una porción de capítulos, diz que encaminados a salvaguardar la salud de los masculinos de la -- comuna. Y como a la vez disfrutaban de cierto carácter de policías, es de admirar, en lo general, el sinnúmero de arbitrariedades que ejecutan, los abusos y hasta las infamias que suelen cometer, arreando a la prevención con señoritas honestas pero desvalidas y mal trajeadas que resultan inocentes del horrendo cargo de prostitutas, y a quienes se despide con un 'Usted dispense', que vale oro."

CAPITULO VII

LA VIDA DE LA CAPITAL EN EL SIGLO XIX

José T. de Cuéllar.- Angel de Campo.- La vida mexicana en el hogar y en la sociedad.- Las fiestas civiles y religiosas.- El juego, el teatro y otras diversiones.

D. José Tomás de Cuéllar, bajo el seudónimo de Facundo, gozó de mucha popularidad por la serie de novelas cortas y ensayos que se llama La Linterna Mágica. Estas novelas constituyen un estudio de los vicios y defectos de la clase media de México, en la época en que escribió el autor. Muchos de esos vicios eran de la época y como tales ya no interesan al lector. Ridiculiza y señala con el dedo la sociedad viciada, con el fin de corregirlos defectos. Delinea los tipos de su tiempo, desarrolla pequeñas tragedias que por lo común pasan desapercibidas para otros autores y describe las costumbres de la clase media con humorismo cortante. Retrata la vida con la minuciosidad desapiadada del reformador. El autor no revela ningún sentimiento de lástima ni de piedad por sus personajes: al contrario, parece que se ríe sarcásticamente al contemplar las debilidades de sus contemporáneos.

Guillermo Prieto (22) lo compara con el autor del Periquillo y dice que llevó a cabo la tarea de corregir, combatir y presentar los errores de la sociedad y que esa tarea "coloca al Pensador y a Facundo en el primer término de los escritores mexicanos."

Comenta González Peña (1) que sus "novelas son breves, dinámico el trazo, la pincelada jugosa y rápida, y la intención doctrinaria; la moraleja, embózase en los incidentes mismos del relato." Azuela (2) cree que sus novelitas están "pasadas de moda" y que "el peor lote de la naciente novela mexicana fué -- el elegido por José T. Cuéllar. La sociedad que describe es -- efímera, sus personajes frágiles, e inconsistente el medio en -- que los hace actuar." Considera que no realizó Cuéllar lo que él mismo se propuso: "de conquistar nuevos prosélitos de la --- verdad y de la justicia"; sino que dejó "algo real y nuevo: un magnífico album de caricaturas."

Angel de Campo, según González Peña (1), procede "en línea recta del Pensador Mexicano, de Fidel y de Facundo." Los artículos y cuentos que escribió bajo el seudónimo de Micrós -- son el reverse de la medalla de los de Facundo. Donde éste no mostró piedad, aquél sufre con los que sufren y perdona a los -- que pecan.

Dice Jiménez Rueda (3) que "en sus Cuentos y en sus Semanas Alegres nos deja un cuadro fiel, un tanto doloroso de la vida de la clase media y baja de México. Urbina (6) opina "que -- la vida popular no tenía secretos para este costumbrista. Las casas, las calles, los barrios, las gentes, revivían bajo su -- pluma. Es pintor de género. No ve en grande, pero ve en detalle y límpidamente."

González Peña (1) es de la opinión de que Micrós "A diferencia de Lizardi, es artista; contrariamente a Prieto, tiene --

gusto ponderado y fino: al revés de Cuéllar, el humorismo jamás le hace tocar los límites de lo caricaturesco." El mismo crítico termina diciendo que "Entre nuestros costumbristas, y elevándose por encima de todos ellos, no cabe duda que Angel de -- Campo llevó el género a su mayor perfección artística."

Volviendo con Payno a la época de Santa Anna nos presenta en El Fistol del Diablo unos cuadros de la vida en la ciudad de México, en la primera mitad del siglo XIX. A veces la vida de sociedad de aquellos tiempos nos parece un poco fantástica, pero cuando describe la vida de la gente del pueblo, entonces --- los cuadros son más creíbles. En Los Bandidos de Río Frio es donde el mismo autor pinta a un México que nos parece más verdadero. Muestra cómo vivían los indios a las orillas de la capital en un terreno entre la calzada de piedra y la de tierra que conducían al Santuario de Guadalupe. "Esta pobre y degradada población se compone de los que se llamaban 'nacchuales' desde el tiempo de la conquista, es decir, los que labraban la tierra; no eran precisamente esclaves, pero sí la clase infima del pueblo azteca que, como la más numerosa, ha sobrevivido ya tantos años y conserva su pobreza, su ignorancia, su superstición y su apego a sus costumbres.... los hombres ejercen diferentes industrias. Unos con su red y otros con sus otates con puntas de fierro, se salen muy temprano y caminan hasta los lugares propios para pescar ranas. Las mujeres por lo común recogen -- tequesquite y mesquites de las orillas del lago, y los cambian en la ciudad, en las casas, por mendrugos de pan y por venas de

chile."

Al hablar de la viña que era el basurero de la ciudad, describe la vida de los que ganan su sustento escarbando en los montones de inmundicias, botellas rotas, restos de verdura y fierros viejos.

Payne explica lo que "San Lunes" significaba para los artesanos de México. Dice que no pensaban en otra cosa en toda la semana; trabajaban para entregar el trabajo el sábado para tener con qué festejar el lunes. El domingo iban a misa, regresaban a sentarse en el patio de la casa y en la tarde llevaban a su familia a la maroma "de la calle de Arsinas o a los títeres o entremeses del teatro de Alconedo." El lunes se iban a algún paseo para celebrar con sus compañeros las festividades de San Lunes y regresaban casi siempre "heridos y sin un ochavo en la bolsa, si no pasaban la noche en la Diputación."

También nos da en Los Bandidos de Río Frío este cuadro de la vida de don Pedro de Olañeta: "A las cinco de la mañana se le ha de hacer su chocolate, espeso y muy caliente, con un estribo o rosca. Se le lleva a la cama, lo tona, fuma un cigarro y se vuelve a dormir. A las diez en punto su almuerzo: arroz blanco, un lomito de carnero asado, un molito, sus frijoles refritos y su vaso de pulque, a las tres y media la comida: caldo con su linón y sus chilitos verdes, sopas de fideos y de pan, que mezcla en un plato; el puchero con su calabacita de Castilla, albóndigas, torta de zanahoria o cualquier guisado; su fruta, que él mismo compra en la plaza; su postre de leche y un va

so grande de agua destilada. A las seis de la tarde su chocolate, a las once la cena, que se le lleva a la cama. Fuma su cigarro, reza sus oraciones, se limpia los dientes con unos palitos que es necesario ponerle en una mesa junto a su cama, con una escupidera muy limpia y un vaso de agua." Sus dos hermanas llevaban una vida tan metódica como su hermano si bien trabajaban un poco más que su hermano y se entiende que comieran tanto. Cuidaban de los gastos, se confesaban y comulgaban cada ocho días y se entendían con las criadas.

Además de mostrarnos la vida de esta buena gente, nos lleva este autor a las casas de los ricos y a la casa de Cecilia, la trajinera, nos paseamos por el Paseo de la Viga, nos paramos en la plaza a mirar a los vendedores y el movimiento y el colorido de las calles. En El Fistol del Diablic el autor narra la vida de la gente frívola que pasaba la vida en tertulias, el teatro o que asistían a las festividades de la iglesia, como si fueran compromisos sociales. El Jueves Santo, recorrían las Siete Casas, el día de San Pedro había gran función en la Catedral, las Tres Horas las pasaban en la profesía y las Siete Palabras en la iglesia de San Miguel.

En la misma novela hay una descripción de unos sacramentos con música, como se acostumbraban en esos tiempos. "Delante marchaban de dos en dos como veinte personas vestidas de negro con sus escapularios en el pecho. Eran los hermanos de la cofradía de Aranzazú. Seguía la estufa de gala del Sagraario, tirada por cuatro mulas pintadas y montados en la de si -

lla dos respetables viejos con sus casacas nuevas, sus chalecos blancos y sus limpios y tiesos cuellos que subían hasta el borde de las orejas. Eran los cocheros de Nuestro Amo, que con -- trabajo gobernaban a las mulas y guiaban el carruaje por los -- agujeros y baches de las mal empedradas calles. Los cocheros -- verdaderos iban a pie, colgándose a veces del freno de las mulas que servían de guías y que seguramente desconocían la débil mano que tenía las riendas. Detrás de la estufa caminaban de -- dos en dos y con gruesos cirios en la mano, el resto de los nobles cocheros, los individuos que pertenecían a diversas cofradías, con sus escapularios blancos o verdes en el cuello, y después diversos particulares vestidos de negro y frailes dominicos, franciscanos, dieguinos, fernandinos, y mercedarios, mezclados y todos con cirios de cera en la mano. Cerraba la procesión la numerosa y bien organizada música del batallón de Granaderos, que tocaba una marcha religiosa."

En Los Bandidos de Río Frío describe la vida en el juzgado, donde nada notable ocurre. "Matrimonios desavenidos que -- se rompían de noche la cabeza e iban a presentarse al día siguiente al juez, cada uno con su queja; la mujer pidiendo que a su marido le pusieran de soldado, y el marido alegando que la -- mujer le había engañado yéndose con su compañero el carnicero, -- y que por eso la había golpeado; heridos en riñas en las pulquerías, con las tripas de fuera y todavía queriendo pelear con su enemigo; ladrones rateros, que le consignaba el Gobernador del distrito; en fin, lo de todos los días; nada importante ni con-

plicado. El escribano, realmente despachaba el juzgado y hacía con los reos lo que le daba la gana y se entendía perfectamente bien con los pillastres de los barrios y con las mujeres de mala vida, que le hacían regalitos."

En Amor de Viejo la novela de Ireneo Paz que consideré la mejor, se encuentra un cuadro un poco exagerado de las costumbres del siglo pasado. La novela narra la historia de un avaro que mata de hambre a su primera esposa y guarda su dinero durante muchos años para terminar enamorándose de una muchacha pobre que se casa con él por su dinero. Mientras tanto, el avaro tira todo su dinero en el esfuerzo de interesar a la joven y ella se desespera de lo que ha hecho.

El Dinero, novela escrita por José Vigil y Robles, pinta la vida en la alta sociedad en la ciudad al fin del siglo pasado. Tiene poco interés para el lector de estos días, porque -- las conversaciones están llenas de alusiones a lugares, personas y hechos que sólo tenían importancia en esa época. En Memorias de un Muerto de Manuel Balbontín, un cuento fantástico -- de un muerto que volvió a México un martes de Carnaval y fué -- al Gran Teatro. Se encuentran buenas descripciones de la ciudad y de la vida de los nuevos ricos. Nos lleva a bailes, a -- casas de juego y a una modesta casita cerca de la fuente de la Tlaxpana que se llamaba El Antiguo Tamalito. Toda la aristocracia concurría allí en las tardes a tomar atole y tamales. Casi siempre les servían en sus coches pero había cenadores rústicos -- donde se podía conar sin ser visto por otros. Otra novela que --

pinta la vida en México es El Secreto de una Crónica por Manuel Blanco. Es la historia de un hacendado que toma casa en México para pasar el invierno y para presentar a la sociedad a su hija, Margarita.

En La Clase Media y El Diablo en México de Juan Díaz Covarrubias hay muchas descripciones de los cafés, bailes, tertulias y duelos que dan una idea clara de la vida de entonces, a pesar del estilo romántico del autor. La obra de Florencio M. del -- Castillo contiene algunas narraciones que muestran ciertos aspectos de la vida mexicana. En Amor y Desgracia con motivo del ensayo de Francisco de artista, llegamos a conocer el lujo del Teatro Principal.

En esos días en Una Rosa y un Harapo de José María Ramírez, novela insufrible tanto por su estilo como por los personajes, acompañamos al protagonista a todos los cafés donde toma vaso tras vaso de ajeno y sostiene unas conversaciones insulsas. Sin embargo, pinta algunos aspectos de la vida de la ciudad y de la política de esos días, cuando Miramar fué dictador.

En Carmen novela sentimental que González Peña²(1) compara con María de Jorge Isaacs, Pedro Castera presenta la vida de un joven calavera que cambia su modo de vivir después de encontrar a una niña recién nacida en frente de su casa. Relata con bastante interés la vida de esa niña y sabe evocar el ambiente y las costumbres del México del siglo XIX.

Las novelas de Facundo, además de ser una galería de los tipos de su época, son también series de cuadros que nos mues -

tran la vida de una clase media, un poco exagerada, con sus diversiones, sus bailes, sus economías y sus lujos. Desde luego, el tema de la novela Baile y Cochino es el baile que el papá -- de Matilde quiere hacerle para su cumpleaños. Al hablar de las Machucas, muchachas invitadas al baile de Matilde, el autor nos dice que eran muy afectas a jugar. "Se morían por los albures, y esto con un candor y una ingenuidad admirables. De manera que en la feria de Tacubaya y otras, se las veía entrar al garito con la misma naturalidad y desparpajo con que entrarían al circo.... las Machucas perdían el dinero de su hermano y su propia reputación en Tacubaya, y volvían a su casa rebosando felicidad, y tan quitadas de la pena que nadie las hubiera podido persuadir de que debían avergonzarse de su conducta."

El baile al cual habían venido muchos que no fueron invitados nos acuerda de los bailes del Periquillo. Para describirlo es mejor describir el estado en que quedó la casa al día siguiente. "Salía por las puertas del comedor y de la sala una especie de vapor alcoholizado, un vapor humano y tan pesado, que casi se arrastraba por el suelo, como no queriendo luchar con la atmósfera limpia y diáfana de la aurora.... La alfombra estaba impregnada de vino y sembrada de tuestos de vidrio. Había queso de Gruyere sobre las sillas, debajo de la mesa, dentro de las copas y sobre los sombreros. los pasteles pisados habían acabado de cubrir las flores que le quedaban visibles a la alfombra. La mesa presentaba todas las huellas de la batalla, porque más eran las copas y botellas volcadas y rotas que las que ha -

bían quedado en pie."

Ensalada de Pollos, del mismo autor, describe la fiesta - del santo de Doña Lola cierto Viernes de Dolores, cuando ella puso un altar a la Virgen. Días antes sembraba en macetitas con semillas de chíá; y el día del santo las pusieron en el altar -- junto con platitos de semillas de trigo nacidas, porque como dice el autor "en aquel altar cabía todo lo alegre, todo lo abigarrado y rechinante, desde las prendas de ropa, hasta los platos del comedor, los pájaros, las macetas, las flores artificiales - de un peinado que se usó y las flores empolvadas que habían adornado algunos años las clavijas de una guitarra." En la noche -- iluminaron el altar que parecía mosaico con sus hojitas de distintos colores y sus vasos de aguas de colores.

En Chucho el Ninfo Facundo describe la función y procesión de la Virgen de la Merced: cuenta el autor que había salva a las cuatro de la mañana, repiques, cohetes y música; y en la noche - se celebraban los maitines en el templo con gran orquesta. Después hubo espectáculo de luces que terminaron con los castillos y con nuevos repiques. En la misma novela describe las posadas y la cena de Noche Buena en casa de Elena. En la fiesta, dice el autor, "hubiera notado allí el observador en el conjunto heterogéneo de la fiesta, a las hijas de un señor magistrado junto a las incultas sobrinas del señor cura de la Santa Vera Cruz; a la vecina relamida y ordinaria, vestida de prestado aquella - noche, junto a unas señoras que habían entrado al baile por equivocación, pues no era allí a donde estaban convidadas.... En -

cuanto a los hombres figuraban el platero de la esquina, el dependiente del juzgado, cuatro o seis pollos de los que nunca -- faltan en parvada a todos los bailes, el cobrador de la casa, - dos empleados, un dueño de pulquerías, los españoles del empeño de la otra calle, y finalmente, un número respetable de viejas, tías y mamás, troncos de aquellas ramas. En aquella reunión -- en que no se conocían los unos a los otros, reinó al principio el encogimiento y la reserva. Y en seguida el desorden; pero - nunca la cordialidad.

Caifás y Carreño de Micrós presenta unos aspectos de la - vida de un pobre empleado de oficina a quien no le bastan sus - sesenta pesos de sueldo para su familia de dos hermanas, una cuñada, su mujer enferma y un par de hijos. Le presta dinero el prestamista Caifás y después no puede pagarle. El autor no --- resuelve el asunto; deja al lector en la misma incertidumbre so bre lo que le va a pasar a Carreño que él mismo siente.

Rafael Delgado en su novela Los Parientes Ricos ha des - crito en esa parte del libro que tiene como escenario la ciudad de México, la vida inútil y llena de pretensiones de cierta cla se de gente rica al fin del siglo XIX. Habla mucho del influjo europeo en las costumbres; y llama a México "Babilonia tan bulliciosa y tan... mal oliente."

Los cuadros que Federico Gamboa nos muestra, en general - representan la vida de ciertos sectores del pueblo y los pinta con mucha atención a los detalles realistas. En Suprema Ley, - seguimos la vida monótona y gris de Julio Ortegual, escribiente

tísico, que se enamora de una prisionera. Vemos los domingos - en su casa: "Los domingos, excepto los en que Julio estaba de-- turno, cambiaban su manera de vivir, todos los Ortegal. En pri^{er} lugar, levantábanse más tarde que de costumbre amos y criada: ésta, quedaba autorizada para irse a la misa de las ocho, - dejando encerrada a la familia y sin preparar los desayunos. -- Los muchachos, sin lavado ni ropa limpia, esperaban la muda se-- manaria a solas en su cuarto, entregados a formidables juegos - de su invención...." Después el padre "iba y lavaba a los que-- todavía no se desempeñaban; los restregaba hasta dejarlos colo-- rados y relucientes, en tanto que los grandecitos aguardaban -- sin chistar, cubiertos de sábanas.Concluído el aseo de los muchachos, enviábaseles al patio y a los corredores, para que - Ortegal pudiera afeitarse en calma ante un espejito suspendido-- de un pasador de una vidriera. Después, al chocolate, en el co-- medor, con cierta escasez de panes y bizcochos y luego a la mi-- sa de las diez en el templo más cercano.... Ortegal con los dos herederos de mejor comportamiento en la semana, se iba al cen-- tro, a dar un paseo por las calles principales: a oír una o más piezas de música en la Alameda, a la hora en que el parque se - anima. For supuesto sin permitirse jamás el alquiler de sillas, sino a pie y andando hasta no descubrir vacíos en las bancas de piedra." En las tardes iba al circo pero no para entrar sino - para ver los cartelones y así describir a los muchachos todos - los encantos de un circo."

Metamorfosis nos pinta escenas apacibles de la vida de --

un convento de monjas. Asistimos a la primera comunión de las alumnas y pasamos los días tranquilos entre los jardines y corredores de la escuela. Con Chinto vivimos la vida de un pobre estudiante primero y después de un vividor que pasa sus noches en el juego o en la casa de los ricos.

Santa nos presenta la vida de una casa de prostitución - con todos sus detalles repugnantes. Seguimos a Santa en su degradación y miseria hasta su muerte. A pesar del tema, la novela no resulta pornográfica y se siente el propósito moral del autor en el tratamiento que le da al asunto. No juzga, ni condena; nos lo presenta como una de tantas lacras sociales que - padece la ciudad de México.

CAPITULO VIII

LOS TIPOS HUMANOS DEL SIGLO XIX

Federico Gamboa.- Las clases sociales.- Los tipos humanos del México independiente.- Las costumbres.

Federico Gamboa, "el más fecundo y el que ofrece una producción más armónica, más vigorosa, entre los de su época," como opina González Peña (1), representa el naturalismo de origen francés en la novela mexicana. En su obra se nota el influjo de Zola y los de Goncourt pero con la diferencia que nos señala Jiménez Rueda (4) que Gamboa es creyente y "el naturalismo no puede arrasar con la creencia que tan arraigada queda en su espíritu." Agrega el mismo crítico que "Se concreta, pues, a la apariencia de los hechos, a la descripción de los ambientes, a los temas escogidos, a ciertas audacias de fondo y de forma, a la morbosa delectación en los episodios escatológicos."

En la opinión de Azuela (2) Gamboa tiene "dotes de buen observador y fácil narrador" pero se queja de su "pobreza de psicólogo." Urbina (6) juzga que es "el más preciso en observar nuestra vida, nuestras costumbres, y nuestras modalidades; el más artista en copiarlas, el más sincero en sentirlas y vivirlas." Le parece que tiene "un canon naturalista un tanto anticuado; un estilo algo tardo, aunque con frecuencia limpio y conmovedor; un desarrollo de acción que, por prodigalidad de tallista o manía episódica, no siempre muestra ligereza."

Azuela (2) se queja de "lo antiestético de las mescolan-

za de delectación morbosa y las moralejas que el autor se empeña en deducir" en Santa, la novela de más éxito que escribió el autor.

En mi juicio, la debilidad de Gamboa se nota en el delineamiento de los caracteres de ciertos personajes: Salvador de su novela Reconquista tiene un carácter de rasgos irreconciliables; Santa pasa tan rápidamente de la timidez y vergüenza de una pueblerina a una actitud de cortesana que nos asombra. Sin embargo, hay otros como Rafael en Metamorfosis y Julio Ortega en Suprema Ley que son completamente verosímiles.

En una fiesta describe en la novela El Fistol del Diablo, Payno nos retrata unos tipos de la sociedad de la época. "¿Véis aquel hombre que se pasea orgulloso y erguido, y a quien una multitud de fatuos y de pisaverdes siguen y colman de atenciones? Pues su fortuna la ha conseguido especulando con la sangre de los infelices; adulando a los ministros; haciendo oficios rastreros y bajos, al lado de los grandes personajes. Si alguna infeliz vieja entra en su casa, el portero la arroja de la escalera.... tiene carrozas, caballos, criados, palco en el teatro." Así va enseñándonos el general cobarde que ganó puestos especulando con las discordias civiles; el juez venal en quien lo único que sobrevive es "la avaricia y el amor físico," una señora llena de perlas y diamantes que "muda amantes como trajes;" "su marido que saca del juego" lo necesario para el coche y el palco y la hija que acompaña a su madre a las orgías.

En otra parte de la misma novela retrata a un "joven de -

no": "se levantaba a las diez, almorzaba, se vestía a la -- --
'negligée', y salía por las calles de la Monterilla, Plateros y
Portales, comprando alfileres, cadenas, polkas, y otra clase de
chucherías; a la una entraba al café de Progreso, a jugar algu-
nas treguas al billar o una partida de ajedrez, y a las tres y-
media de la tarde se retiraba a su casa.... En su casa comía --
opíparamente; a las cinco se lavaba, se vestía y mandaba poner-
la carreta o ensillar el caballo, y se dirigía al Paseo de Buca-
reli, a la Alameda o a esas pintorescas calzadas de Chapultepec,
San Cosme o la Piedad. A las oraciones tomaba el té con su ma-
dre y a las ocho de la noche se le veía con otro traje en el --
magnífico pórtico del Teatro Nacional." Si agregamos a la inu-
tilidad de esta vida un gusto para el juego y las muchachas, te-
nemos un retrato vivo de "un joven de moda."

Entre los tipos que sobresalen de Los Bandidos de Río Frío
del mismo autor, se encuentra el picapleitos Lamparilla que --
alargaba los trámites de los asuntos confiados a su pericia de-
abogado recién recibido; los sabios doctores de la Universidad-
que se reunieron en concilio para resolver el caso de Doña Pas-
cuala; el juez Bedolla que se hizo "abogado de oficio por la --
buena voluntad del gobernador." El tipo que más natural nos pa-
rece es el de Cecilia, la trajinera, que hacía viajes a Chalco-
y a las lagunas y traía carga a la plaza del Volador.... Tenía-
carácter enérgico y varonil pero "era compasiva y ejercía sin -
ostentación la caridad: vendía su fruta más cara que cualquiera
otra de sus compañeras, pero era exquisita.... En el fondo y en

verdad era una buena mujer, de gruesas palabras y de risotadas-ingenuas, que no se dejaba atropellar de nadie, pero que tampoco los hacía mal ni a las moscas."

Antonio, el protagonista de Hasta el Cielo de Florencio M. del Castillo, y su padre, "un tipo de gachupín, gente baja - sin virtud ni instrucción," son tipos bien delineados adentro - del idealismo de este autor. El padre tenía, según el autor, - "el horror instintivo a la instrucción que caracterizaba a los-comerciantes españoles del siglo XVIII." Antonio aprendió "a - leer y a escribir mal, a contar muy bien, a rezar y a bajar los ojos delante de su padre." El clérigo que vino a ayudar a morir bien a un herido en Dos Horas en el Hospital de San Andrés, resulta ser un tipo; aunque no típico de todos los frailes. Era un padre que se había ordenado de idiomas y no tenía comprensión ni idea de la dignidad de su oficio.

Facundo es el que nos ha retratado más tipos del siglo -- XIX en sus novelitas de La Linterna Mágica. Vemos a Saldaña de Baile y Cochino, el que "era el alma de la fiesta; sin él, no - hubieran podido hacer nada ni el señor de la casa, que nunca -- había entendido de estas cosas, ni mucho menos doña Bartolita, - acostumbrada, como ella decía a hacerlo todo al estilo de su -- tierra." Saldaña hacía todo: invitaba a todos sus conocidos, - compraba los vinos, en fin arregló toda la fiesta y, por supuesto se quedó con su buen tanto por ciento de lo que gastaron.

Entre los invitados figuraban las tres Machucas que Saldaña conoció descalcitas pero que ahora tenían la apariencia -

del lujo, "que era su pasión dominante; tenían la apariencia de la raza caucásica siempre que llevaban guantes; porque cuando se los quitaban, aparecían las manos de la Malinche en el busto de Ninón de Lenclós; tenían la apariencia de la distinción cuando no hablaban; tenían la apariencia de la hermosura, de noche o en la calle, porque en la mañana y dentro de casa no pasaban las Machucas de ser unas trigueñitas un poco despercudidas y -- nada más,

Otras invitadas eran una señora ordinaria y su hija elegante y educada. "La señora, que tuvo en sus tiempos muy buenos ojos y cierto chisgo nacional, un tanto provocativo, tropezó el día menos pensado con uno de esos Tenorios despreocupados, para quienes cada etapa de su vida está marcada con una aventura amorosa. Una corta residencia en Orizaba, una tamalada y un aguacero trajeron al mundo a Enriqueta, a la hija de aquella -- señora, para quien su propia desgracia se había convertido desde entonces en su modus vivendi." Según el autor, "Estas niñas que tienen papás ricos y mamás pobres, que salen de la peor ralea por el lado materno, y entran al mundo por la brecha de una calaverada de rico, suelen flotar entre dos aguas hasta que se ahogan en el fango,"

También pasan por su linterna mágica, Lupe "la madre de las criaturitas" de Saldaña, las tres niñas que iban diario a la Alberca Pane con sus novios, unos pollos de los billares y unos invitados por los invitados, Don Gabriel, el "rico nuevo", la señora que él "tenía" y el marido complaciente de ella,

En Ensalada de Pollos Facundo nos presenta a Don Jacobo -- Baca "padre de familia, de esos que hay muchos, sobre los que pa- sa una grave responsabilidad que no conocen, y que están haciendo un perjuicio trascendental de que no se dan cuenta. Ha sido- alternativamente impresor, varillero, ayudante del alcaide de la cárcel, por cierto mal negocio; después jicarero encargado de -- pulquería, y últimamente ha sentado plaza de arbitrista, que es- como se la va pasando."

Don Jacobo a fuerza de no saber hacer nada se vio en la - necesidad de lanzarse a la revolución. Los hijos de éste, Pe - drito y Concha eran "pollos que rompían el cascarón y lo pisotea- ban: se avergonzaban de su madre. Concha cultivaba la amistad- de unas señoritas ricas: amistad, que más tarde trajo la des -- gracia a Conchita en la persona de Arturo, primo de las amigui- tas. "Arturo era un pollo fino, de buena familia y además era- bonito, espigado, nervioso, pequeño de cuerpo: prometía llegar- a tener muy buena barba; era pulcro, elegante, aseado; se vestía bien, calzaba bien y era simpático. "Como tenía dinero no emplea- ba su tiempo en nada y era "vago sin título y sin riesgo."

Facundo nos explica lo que es un pollo así: "Aunque el -- joven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitu-- des, el pollo es esencialmente del siglo XIX, y con más especia- lidad de la época actual, y todavía más particularmente de la - gran capital. No hay que confundir al pollo con el adolescen-- te a secas, con el niño, ni mucho menos con el joven. El pollo se cría en México bajo condiciones climatéricas. Es la larva -

de la generación que viene, de una generación encargada de dar la última mano a nuestras cosas de hoy."

Llama pollo al "bípedo de doce a dieciocho años, gastado en la inmoralidad y en las malas costumbres" Divide en cuatro -- grupos los pollos; entre ellos señala los "pollos callejeros", de los cuales era Pedrito. El amigo del pollo Arturo, Pío Prieto, había sido hojalatero, pero una vez su padre le compró una levita, "sin adivinar siquiera que aquella prenda de ropa había de ser, en la vida de Pío, su Grito de Dolores." Dejó la hojalatería, y a los quince años "logró ser todo menos hojalatero."

Otro amigo de Arturo era Pío Blanco "que pertenecía a la raza de pollos tempraneros. Tenía quince años y era por naturaleza disipado y ocioso; sabía beber, fumar y blasfemar, triple ciencia que lo privaba de saber otras cosas a pesar de los esfuerzos de su padre por hacerlo hombre de provecho.... Pío Blanco, pobre solía tener mesura y encogimiento pero Pío con guantes, dió suelta a su lengua.... en cuanto a religión, se creyó dispensado de tener creencias, se avergonzó de haber oído misa alguna vez,.... hacía alarde de ser cínico y desvergonzado.... y era chismógrafo triturador de honras."

Los Mariditos del mismo autor nos presenta un tipo que se da según el autor "merced a la temperatura de este valle." "Es un ser precoz que le juega una mala pasada al tiempo, a la naturaleza, y a la aritmética. Le juega una mala pasada al tiempo porque llega a viejo sin haber sido nunca joven. A la naturaleza, porque es una semilla embrionaria que se empeña en sembrarse

para reproducirse, sin esperar a que madure la pulpa de la fruta y a la aritmética, porque aprende logaritmos y se olvida de sumar y restar." Ernesto, el hijo de doña Lugardita, es uno de esos mariditos que hacen boda con dinero prestado, para llegar a la miseria después de la luna de miel.

Chucho El Ninfo de la novela que se intitula así, hijo mimado de una viuda que era "un terrón de amores, era la adoración de su mamá, que lo consentía tanto que resultó un joven egoísta y malo, como el Periquillo de Lizardi.

En Los Fuereños Facundo retrata a una familia de provincia "compuesta de un señor gordo, trigucño, y de poca barba, vestido con chaqueta de lienzo, sombrero galoneado y plaid; una señora, gorda también, con vestido de percal y tápalo a cuadros, dos niñas de diecisiete y veinte abriles con vestido de lana y seda y sombrero a la francesa." Los esposos Doña Candelaria y Don Trinidad tienen el tipo de payos y pasan su tiempo en la capital, asombrados de los adelantos modernos.

Gabriel el Cerrajero presenta a Gabriel que "representa a una clase, era un hijo natural... con la tristeza del que no conoce a sus padres, serio, crecido, blanco... todos le tenían -- respeto en el colegio." En Las Gentes son así vemos a Castaños "un joven ni rico ni pobre, pero parecía las dos cosas- trataba a toda la aristocracia de México, era inofensivo, servicial y -- frívolo... decía hija a todas sus amigas... iba a dondequiera que iban los jóvenes de bien... era chismoso... siempre tenía noticias de todo... le decían Castaños, nunca señor Castaños....

nunca le faltaba el buen humor y jamás se le olvidaban los cumplimientos sociales."

En la obra de Micrós, muchos de sus personajes son animales o flores o pájaros pero no por eso dejan de ser personajes verdaderos. Entre otros encontramos a Pinto, un perro de raza indígena, su color amarillo sucio manchado de negro, su historia, el hogar, el cuartel, la calle, la vagancia y la muerte. Después de muchas vicisitudes "se apiadó de él un viejo de barba blanca y sucia, pantalones rotos y zapatos llenos de agujeros, era un mendigo que se fingía el ciego.... Todo el día se pasaba a la puerta de las iglesias donde había función o jubileo. El amo apoyado en el grasiento bastón en forma de báculo, y él, amarrado del cuello con un mecate lleno de punzantes hilos. Comió las tortillas heladas y los mendrugos de pan frío de la miseria; sufrió los palos de más de un sacristán, y tenía también en aquella época, un aire de mendicidad, la cabeza gacha, los ojos tristes, el rabo entre las piernas, y hecho un esqueleto."

En Idilio y Elegía, Micrós retrata a Micaela, la recamareira, objeto del amor de Severiano el portero. "Era alta y morena, Malintzin de raza pura, con grandes ojos de tapatía, nariz picarescamente arremangada, labios gruesos y rojos, y unos dientes!.... Los domingos era irresistible: peinados los gruesos y negrísimos cabellos, limpio el traje almidonado, flameando los colores de su mascada roja, oliendo a nuevo el rebozo de bolita, albeando el delantal y orgullosa de sus alhajas, a saber: arracadas de plata, collar de falsos corales, y aquellos tres ani --

llos, el de carey con su letrero 'Recuerdo', el de cobre con un corazón y el de celuloide azul en forma de serpiente." Al hablar del portero que murió de alcoholismo dice Micrós que era "de la plebe que nace en un petate, sufre en un hospital, antesala de la tumba, y termina en la plancha."

Otro tipo muy bien delineado es Doña Chole, la de la Candelaria, mujer vieja "que se golpea el pecho, la que se confiesa a menudo, la que solloza en cruz los días de sermón, pero la oímos murmurar del prójimo y robar la honra ajena." "Tiene hijos, y tiene casa; vive de rifas, limosnas, encargos y pasa el día en las iglesias por costumbre, sin fervor o con cómico celo religioso. Acude al lecho de los moribundos para sembrar en -- las familias la falsa alarma y tomar chocolate a costa ajena."

Otros tipos que describe muy bien son El Ciudadano Gestas, un agiotista muy rico y egoísta y Don Lucas el Evangelista, el "secretario de los léperos" que tenía su bufete en el Portal de Santo Domingo. En una mujer ranchera que llega a pedirle que le lea sus cartas el autor reproduce fielmente desde el punto de vista de lenguaje y psicología el tipo de mujer ruda del campo. Al presentar la emoción con que recibe esta madre las noticias de la muerte de su hija, Micrós muestra un profundo conocimiento del alma del pueblo. Nos hace sentir la ternura y el dolor que esa pobre mujer no sabe expresar.

En La Pantomima, Micrós relata como la niña Remedios, pobre y soñadora, creyó que era real el mundo de la pantomima de La Cenicienta en que tomó parte. En esta novelita, como en --

sus otros cuentos, van pasando los desheredados de la tierra,-- los animales que sufren y los niños abandonados. No escribe so bre estos temas con sentimentalismo sino con el estoicismo de los que no conocen más que el dolor, el hambre y la miseria.

Gamboa no presenta en sus novelas tipos netamente mexicanos se podría trasladar el escenario de sus obras a cualquiera otro país sin que nos parecieran extraños ni los tipos ni el ambiente. Los dos tipos que me parecen mejor desarrollados son:- Julio Ortegale de Suprema Ley y Sardín de Vendía Cerillos, cuento que se encuentra en su primer libro Del Natural.

Heriberto Frías, autor de la novela histórica, Tomochic, nos presenta en Piratas del Boulevard, "siluetas de muchos zánganos sociales y aún políticos" como dice el autor en la introducción a este libro. Con estilo tosco y tono amargo escribe una serie de cuadros de la vida de los que él llama "pavos reales" que se pasean por la calle de San Francisco al fin de la dictadura de Porfirio Díaz.

- 1.- Carlos González Peña La Historia de la Literatura Mexicana.
- 2.- Mariano Azuela Cien Años de Novela Mexicana.
- 3.- Julio Jiménez Rueda La Historia de la Literatura Mexicana.
- 4.- Julio Jiménez Rueda Letras Mexicanas en el Siglo XIX.
- 5.- Francisco Monterde Estudio Histórico de la Novela Mexicana en el Prólogo a la Bibliografía de Novelistas.
- 6.- Luis Urbina La Vida Literaria de México.
- 7.- Federico Garboa. La Novela Mexicana, conferencia leída en la Librería General.
- 8.- Luis González Obregón México Viejo.
- 9.- José María Marroquí La Ciudad de México.
- 10.- Luis González Obregón México en 1810.
- 11.- Jesús Galindo y Villa Historia Sumaria de la Ciudad de México.
- 12.- Ignacio Altamirano Revistas Literarias de México.
- 13.- Francisco Sosa Prólogo a El Pensador Mexicano.
- 14.- Carlos González Peña El Pensador Mexicano y su Tiempo.
- 15.- Luis González Obregón José Joaquín Fernández de Lizardi. (Pensador Mexicano)
- 16.- Agustín Yáñez Estudio Preliminar a El Pensador Mexicano.
- 17.- Jefferson Rea Spell Introducción a Don Catrín de la Fachenda.
- 18.- Agustín Yáñez Prólogo a Noches Tristes y Día Alegre.
- 19.- Antonio Castro Leal Prólogo a Monja y Casada, Virgen y Mártir.
- 20.- Vicente Riva Palacio Los Ceros.

- 114 -

21.- Julio Jiménez Rueda

Prólogo a Antología de la Prosa
en México.

22.- Guillermo Prieto

Prólogo a La Linterna Mágica.

B I B L I O G R A F I A

- - - - -

- AGUEROS, Victoriano.- Artículos Literarios, Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1880.
- Escritores Mexicanos Contemporáneos. Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1880.
- ALMAZAN, Pascual.- Un Hereje y un Musulmán. Imprenta de Luis Inclán, México, 1870.
- ALTAMIRANO, Ignacio.- Clemencia. Editorial Porrúa, México, 1944.
-Cuentos de Invierno. Tipografía Literaria de Filomeno Mata, México, 1880.
-El Zarco. J. Ballester, México, 1901.
-La Navidad en las Montañas. Editorial Porrúa, México, 1943.
-Paisajes y Leyendas. Imprenta de la Unión Constitucional, La Habana, 1893.
-Revistas Literarias de México. Imprenta T.F.Neve, México, 1868.
- ANCONA, Eligio.- La Cruz y la Espada. Librería de Rosa y Bourget, París, 1866.
-La Mestiza. Imprenta Editorial Mirador de la Alameda, México, 1891.
- OPERMES, Ola.- Mapas Antiguos del Valle de México. Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1947.
- AZUELA, Mariano.- Cien años de Novela Mexicana. Ediciones Botas, México, 1947.
- BALBONTIN, Manuel.- Memorias de un Muerto. Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1888.
- BLANCO, Manuel.- El Secreto de una Crónica. Tácito, México, 1891.
- BLANCO GARCIA, Francisco.- La Literatura Española del Siglo XIX. Saenz de Jubera Hermanos, Madrid, 1891.
- CALDERON DE LA BARCA, Mme.- Life in Mexico. E. P. Dutton and Co., New York.
- CAMPO, Angel de.- Cosas Vistas. Tip. de "El Nacional", México, 1894.
-Ocios y Apuntes. Imp. de Ignacio Escalante, México, 1890.
- CASTERA, Pedro.- Carmen. Tip. de la República, México, 1882.

- CASTILLO, Florencio H. del.- Novelas Cortas. Obras, Imp. de V. Agüeros, México, 1902.
- CASTRO LEAL, Antonio.- Prólogo a Monja y Casada, Virgen y Mártir. Editorial Porrúa, México, 1945.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco.- México, en 1554. Tres diálogos latinos traducidos por Joaquín García Icazbalceta, Antigua Librería de Andrade y Morales, México, 1875.
- CORDERO, Juan N.- Inri. Tipografía de "El Tiempo," México, 1898.
- CURTIS, William.- Capitals of Spanish America. Harper and Bros., New York, 1885.
- CUELLAR, José Tomás de.- El Pecado del Siglo. Tipografía del Colegio Polimático, San Luis Potosí, 1869.
-La Linterna Mágica, Tomos I-VI. Tipo-Litografía de Espasa y Compañía, Barcelona, 1889.
- La Linterna Mágica, Tomos VII-XXIV. Imprenta y Litografía de "El Atlántico", Blanchard y Compañía, Santander, 1890-1891.
- CUMPLIDO, Ignacio.- Leyenda de Navidad. Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1879.
- CHAVERO, Alfredo.- El Conde Palakis. Tipografía de V. Agüeros, México, 1904.
- DELGADO, Rafael.- Angelina. Editorial Porrúa, México, 1947.
-La Calandria. Pablo Franch, Puebla, 1891.
-Los Parientes Ricos. Imp. de V. Agüeros, 1903.
- DIAZ COVARRUBIAS, Juan.- Obras Completas, Imp. de V. Agüeros, México, 1904.
- FENOCHIO, Arturo.- El Cielo de Oaxaca. Est. Tip. de Benjamín Larrera, Puebla, 1882.
- FERNANDEZ DE CAÑEDO, Manuel.- Los Guerrilleros del Valle de México. Imprenta Central, Madrid, 1879.
- FERNANDEZ DE LIZARDI, José Joaquín.- El Periquillo Sarniento. Ediciones Cicerón, México.
-La Quijotita y su Prima. Cámara Mexicana del Libro, México, 1942.
-Don Catrín de la Fachenda. Editorial Cultura, México, 1944.
-Noches Tristes y Día Alegre. Selecciones Hispanoamericanas, México, 1943.
- FRIAS, Heriberto.- Los Piratas del Boulevard. Andrés Botas y Miguel, México.

- FRIAS Y SOTO, Hilarión y varios otros.- Los Mexicanos Pintados por sí Mismos. Secretaría de Educación Pública, México, 1947.
- GAMBOA, Federico.- La Novela Mexicana, Conferencia Leída en la Librería General, México, 1914.
-Del Natural. Eusebio Gómez de la Puente, México, 1915.
-Suprema Ley. Eusebio Gómez de la Fuente, México, 1920.
-Metamorfosis. E. Gómez de la Puente, México, 1921.
-Santa. Eusebio Gómez de la Puente, México, 1910.
- Reconquista. Ediciones Botas, México, 1937.
-La Llaga. E. Gómez de la Puente, México, 1912.
- GALINDO Y VILLA, Jesús.- Historia Sumaria de la Ciudad de México. Editorial Cultura, México, 1925.
- GALVAN RIVERA, Mariano.- Guías de Forasteros en la Ciudad de México en 1854. Imp. de Santiago Pérez y Cia., México, 1854.
- GARCIA CUBAS, Antonio.- El Libro de mis Recuerdos. Editorial Patria, México, 1945.
- GONZALEZ OBREGON, Luis.- Las Calles de México. Imp. Manuel Leon Sánchez, México, 1924.
-Epoca Colonial. Tip. de la Sría. de Fomento, México, 1895.
- La Vida en México en 1810. Librería de la Vda. de C. Bouret, París-México, 1911.
- México Viejo. Editorial Patria, México, 1945.
- Don José Joaquín Fernández de Lizardi (El Pensador Mexicano). Tip. de la Sría. de Fomento, México, 1888.
- GONZALEZ PEÑA, Carlos.- Historia de la Literatura Mexicana. Editorial Porrúa, México, 1945.
- El Pensador y su Tiempo. Conferencia del Ateneo de la Juventud, México, 1910.
- GUTIERREZ NAJERA, Manuel.- Cuentos Color de Humo. Editorial Stylo, México, 1942.
- HIDALGO, José.- Lelia y Marina. Librería de Garnier Hnos., París, 1894.
- IGUINIZ, Juan B.- Bibliografía de Novelistas Mexicanos. Monografías Bibliográficas, México, 1926.
- INCLAN, Luis.- Astucia. Editorial Hispano-Mexicano, México, 1945.

- JIMENEZ RUEDA, Julio.- Antología de la Prosa en México. Ediciones Botas, México, 1946.
- Historia de la Literatura Mexicana. Ediciones Botas, México, 1946.
- Letras Mexicanas en el Siglo XIX. Fondo de Cultura Económica, México, 1944.
- LOPEZ PORTILLO, José.- La Parcela. Editorial Porrúa, México, 1945.
- Los Precursores, Imp. de V. Agüeros, México, 1909.
- MARROQUI, José María.- La Ciudad de México. Tip. y Lit. "La Europea", México, 1900.
- MAYER, Brantz.- México as it was and as it is. J. Winchester, New York, 1844.
- MATEOS, Juan A.- Sacerdote y Caudillo. Maucci Hermanos, México.
- Los Insurgentes. Maucci Hermanos, México.
- Memorias de un Guerrillero. Maucci Hermanos, México.
- La Majestad Caída. Maucci Hermanos, México.
- MONTERDE, Francisco.- Novelistas Hispano-Americanos. Editorial Cultura, México, 1944.
- Estudio Preliminar a la Bibliografía de Novelistas Mexicanos de Juan B. Iguíniz. Monografías Bibliográficas, México, 1926.
- NERVO, Amado.- El Bachiller. Tip. de "El Nacional", México, 1896.
- OLAVARRIA, Roberto.- México en el Tiempo (Fisonomía de una Ciudad). Excelsior, México, 1945.
- México en el Tiempo (El Marco de la Capital). Excelsior, México, 1946.
- OROZCO Y BERRA, Fernando.- La Guerra de 30 años. Imprenta de Vicente García Torres, México, 1850.
- PAYNO, Manuel.- El Hombre de la Situación. Imp. de Juan Abadiano. México, 1851.
- El Fistol del Diablo. Casa Editorial Lozano, San Antonio, Texas, 1927.
- Tardes Nubladas. Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1851.
- Los Bandidos de Río Frío. Talleres Linotipográficos de Publicaciones Herrerías, México, 1938.
- PAZ, Ireneo.- Guadalupe. Imp. del Padre Cobos, México, 1874.
- Amor de Viejo. Imp. del Padre Cobos, México, 1874.
- La Piedra del Sacrificio. Imp. del Padre Cobos, México, 1874.

- PAZ, Ireneo.- Amor y Suplicio. Imp. y Lit. de Ireneo Paz, México, 1881.
- Doña Marinal Imp. y Lit. de Ireneo Paz, México, 1883.
- Leyendas Históricas. Hidalgo. Imp. y Lit. de Ireneo Paz, México, 1887.
- PRIETO, Guillermo.- Prólogo a La Linterna Mágica. Tipo-Litografía de Espasa y Compañía, Barcelona, 1889.
- Memorias de mi Tiempo. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, París, 1906.
- Musa Callejera. Tip. Lit. de Filomena Mata, México, 1883.
- Los San Lunes de Fidel. Secretaría de Educación Pública, México, 1948.
- QUEVEDO Y ZUBIETA, Salvador.- Récits Mexicains. Nouvelle Librairie Parisienne, París, 1888.
- RABASA, Emilio.- La Bola. Tipo de Alfonso López y Cía., México, 1887.
- La Gran Ciencia. Tipografía de Alfonso López y Compañía, México, 1887.
- El Cuarto Poder y Moneda Falsa. Editorial Porrúa, México, 1949.
- RAMIREZ, José María.- Una Rosa y un Harapo. Imp. de F. Díaz de León y Santiago White, México, 1868.
- RIVA PALACIO, Vicente.- Calvario y Tabor. J. Balleescá y Cía., México, 1905.
- Martín Garatuza. Editorial Nueva España, México.
- Monja y Casada, Virgen y Mártir. Editorial Porrúa, México, 1945.
- Las Dos Emparedadas. Editorial Nueva España, México.
- Los Piratas del Golfo. Editorial Porrúa, México, 1946.
- Memorias de un Impostor. Editorial Porrúa, México, 1946.
- La Vuelta de los Muertos. Imp. de F. Díaz de León y Santiago White, México, 1870.
- Los Ceros. Imprenta de F. Díaz de León, México, 1882.
- ROA BARCENA, José María.- Novelas Originales y Traducidas. Imp. de F. Díaz de León y Santiago White, México, 1870.
- ROMERO FLORES, Jesús.- Chapultepec en la Historia de México. Secretaría de Educación Pública, México, 1947.
- SIERRA, Justo (Padre).- La Hija del Judío. Imp. del Comercio, Mé-

rida, 1874.

- Un año en el Hospital de San Lázaro. Imprenta de V. Agüeros, México, 1905.

SOSA, Francisco.- Prólogo a El Pensador Mexicano (J. Joaquín Fernández de Lizardi). J. Balleescá y Compañía, Barcelona, 1897.

SPELL, Jefferson Rea.- Introducción a Don Catrín de la Fachenda. Editorial Cultura, México, 1944.

URBINA, Luis.- La Vida Literaria de México. Editorial Porrúa, México, 1946.

VALLE ARIZPE, Artemio.- Por la Vieja Calzada de Tlacopam. Editorial Cultura, México, 1937.
- Calle Vieja y Calle Nueva. Editorial Jus, México, 1949.

VIGIL Y ROBLES, Guillermo.- Cuentos. Tipografía de Alejandro Marcucé, México, 1890.

VIGIL Y ROBLES, José.- El Dinero. Imprenta Polyglota, México, 1884.

YAÑEZ, Agustín.- Estudio Preliminar a El Pensador Mexicano. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1940.
- Introducción a Noches Tristes y Día Alegre de Fernández de Lizardi. Selecciones Hispanoamericanas, México, 1943.

SAYAS ENRIQUEZ, Rafael.- El Teniente de los Gavilanes. Appleton and Company, New York and London, 1916.